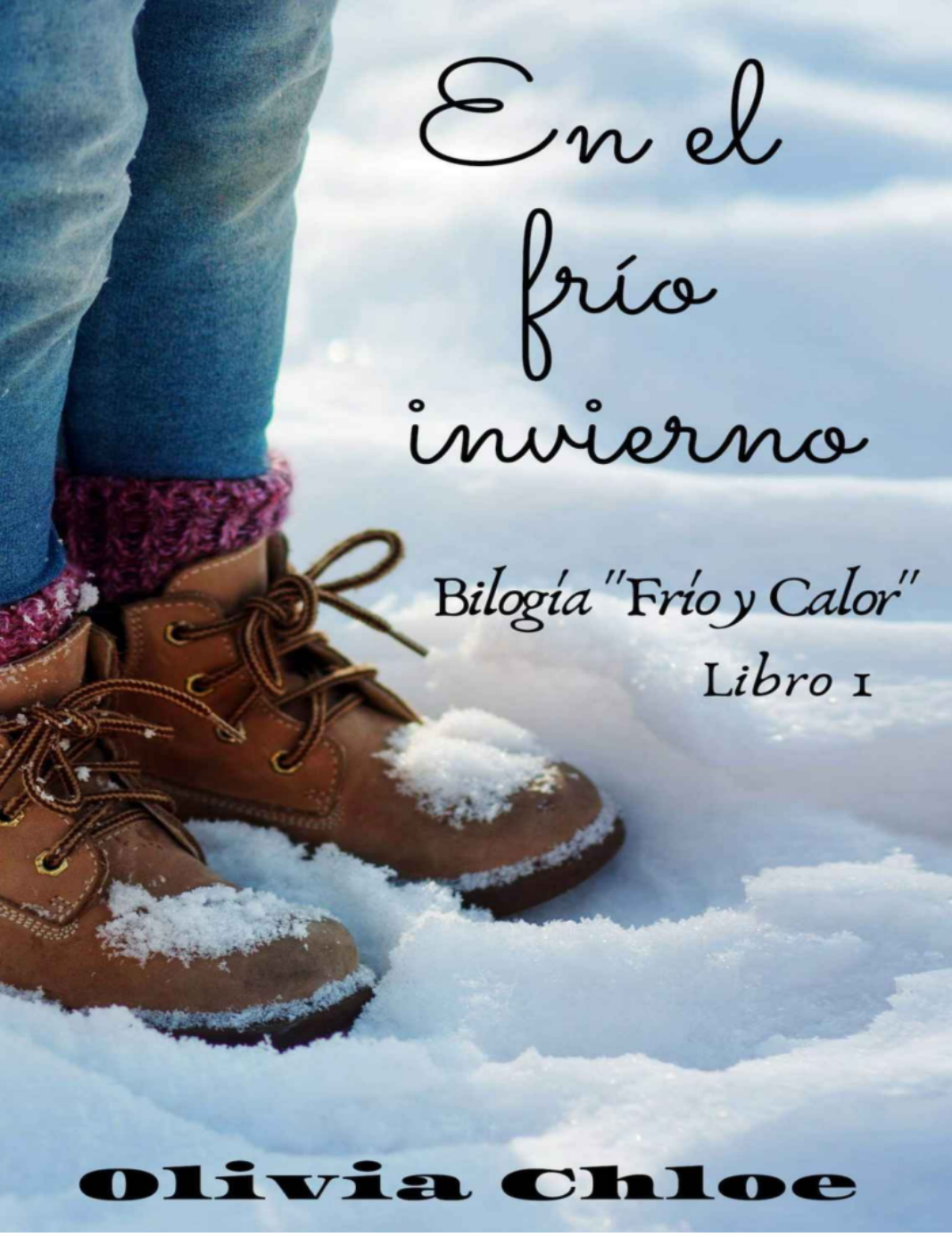
En el frío invierno
Bilogía "Frío y Calor"
Libro 1
Olivia Chloe

EN EL FRÍO DEL INVIERNO

En el frío del invierno

Olivia Chloe

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Marzo, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Capítulo 1

La mañana estaba distinta. Ese día el frío del invierno me despertó, recordándome el paso a esa estación. Me levanté y miré a través del cristal. Mis dedos recorriendo el frío vidrio, quitando el agua húmeda que se condensaba en ellos, las gotas de agua cayendo por él… Y allí fuera, los primeros copos de nieve hacían acto de presencia.

Nieve… Me encantaba la nieve, siempre que la veía me sentía como la primera vez, enamorada.

Ya hacía días que la chimenea estaba siendo usada, pero sentía que ese día la escena iba a ser más especial, con las cristaleras abiertas, viendo cómo la nieve caía dotando al paisaje de una gran belleza.

Con una taza de café en las manos, encima de mis piernas cruzadas en el sofá, el fuego encendido calentando la casa… Me encantaban los momentos así.

Tenía el día libre, los sábados no trabajaba. Las vacaciones de Navidad ya estaban aquí, no tendría que volver al trabajo hasta que terminaran, el siete de Enero, después de la celebración de Los Reyes Magos.

Bebí un poco de mi café mientras contemplaba la imagen de fuera y un suspiro salió de mis labios. No entendía cómo a la gente no le gustaba el invierno, yo era feliz en esa época del año, sentía ternura, algo especial. Me ocurría desde que tenía conocimiento y nunca había cambiado.

Las calles decoradas con las luces y los adornos navideños. Los villancicos soñando por todos lados, la gente cantándolos por la calle. Las comidas que había que preparar para las celebraciones familiares.

Este era el único inconveniente de todo, que yo no tenía familia. Mis padres fallecieron, dejándome sola en el mundo.

Mi cara reflejaba en ese momento la tristeza por los recuerdos, así que me obligué a cambiar el rumbo de mis pensamientos.

Bebí un poco más de café deseando que la resaca se me fuera. Sí,

estaba de resaca. El día anterior había sido mi cumpleaños y lo había celebrado con mis amigos, así que el alcohol estuvo presente en todo momento.

Otro sorbo más…

Sentí que mi vida estaba cambiando.

Ese sería mi primer invierno sola. Hacía solo unos meses que me arriesgué y me compré la casa, me costó hacerlo, pero una vez que supe que tenía una plaza fija de profesora en el instituto donde estaba, pues decidí que era el momento oportuno para tener algo mío, algo propio.

Me encantaba mi trabajo, no podía quejarme de nada. Tenía unos compañeros geniales, los alumnos eran también muy buenos y mi lugar de trabajo estaba cerca de la casa que me había comprado, iba y volvía andando y no tardaba más de diez minutos.

Me levantaba temprano cada día, el tiempo de una ducha y de camino al trabajo, me paraba en una cafetería donde me gustaba desayunar.

Pero ese día no tenía que trabajar, era mi día de relax.

Había conseguido tener lo que siempre quise, es cierto que mi esfuerzo me costó, nadie me había regalado nada. Pero, por fin, lo había conseguido.

El tema de relaciones amorosas ya era otro. Me negué a ello, a todo lo que pudiera ponerme nerviosa y me perjudicara para conseguir mis objetivos profesionales. Alguna que otra cosa esporádica por ahí, pero nada más.

Claro que por más claras que yo tuviera las ideas, no significaba que la otra persona también. Alguno intentó tener algo más, pero lo corté por lo sano, no iba a poner en riesgo mis sueños por una relación amorosa y los miles de problemas que eso pudiera conllevar.

Me bebí lo que quedaba de café, me di una ducha rápida, me vestí, bien abrigada y con mi gorro y bufanda tapando bien mi cara y me fui a la calle, quería disfrutar de la primera nevada del año.

Sentir la nieve sobre mí me hizo sonreír, me hacía volver al pasado, a cuando era pequeña. Cerré los ojos unos instantes y disfruté del momento antes de comenzar a caminar. Fui directamente a desayunar a otro de mis lugares favoritos. La panadería cafetería donde desayunaba cada día de camino al trabajo, donde me encantaba desayunar y recordar viejos tiempos ya que iba desde que era niña.

Nada más entrar en el lugar, escuché cómo alguien me llamaba.

—¡Sonia! —me llamó un chico, lo miré y estaba saludándome con la mano.

No sabía quién era hasta que no me acerqué un poco más a él. Sonreí al ver que se trataba de Javier, era compañero mío en el colegio, pero perdimos el contacto cuando el instituto terminó y cada uno se fue a estudiar lo suyo.

Me seguí acercando a él para saludarlo, un abrazo y dos besos y una sonrisa cuando lo miré de nuevo a la cara.

—Javier, cuánto tiempo sin verte.

—Mucho que no nos vemos, sí. ¿Cómo estás? Porque preciosa ya lo veo, sigues igual que siempre, no pasan los años por ti

Ese chico estaba increíblemente guapo. Siempre lo había sido, la verdad, pero en ese momento me pareció que aún más, con algo especial en ese rostro que siempre había sido el de un seductor.

Vaya…

—Me ves con buenos ojos. Yo también te veo muy bien a ti.

—Gracias por el cumplido —me guiñó un ojo—. Espero que hayas venido a desayunar. ¿Sola o esperas a alguien?

—Hacía mucho tiempo que no pisaba este lugar y hoy me dio añoranza —sonreí—. No, no espero a nadie, pero pediré como si lo hiciera —reí, provocando su risa.

—El dulce siempre fue tu debilidad —dijo riendo—. ¿Y si desayunamos juntos? Yo también vine solo —sonrió y yo me derretí, como siempre me ocurría con esa sonrisa que ponía con la que conseguía lo que deseaba sin mucho más esfuerzo.

—Pues ¿por qué no? Así me cuentas las cosas, cómo te va la vida, me poner al día… Aunque creo que no te ha tratado mal —lo miré, estudiando su cuerpo y joder, no le había ido nada mal, seguro, porque estaba para comérselo.

Se rio y me señaló una mesa donde sentarnos, pasé delante de él y me senté, esperando a que él tomara asiento frente a mí.

—No me trató mal, no puedo quejarme. Me dio algunas cosas muy buenas, otras que no lo fueron tanto… Y otras que mejor olvidar —sonrió, con algo de tristeza que escondió rápidamente— Pero en general muy bien.

—Vaya, mi niña desayunando con alguien, eso sí que es raro…

Me levanté cuando escuché su comentario y le di un gran abrazo.

—Hola, Diego —sonreí y tomé asiento de nuevo.

La panadería cafetería en la que estaba era de Diego. Él siempre había sido mi amigo, lo tenía como un buen consejero, además. Muy cariñoso y amable, siempre podía contar con él, lo quería mucho.

—Hola, preciosa. Estás guapísima hoy —sonrió—. ¿Vas a desayunar con este? —señaló a Javier.

—Eso parece —reí—. Hacía mucho tiempo que no veía a Javier y tiene muchas cosas que contarme.

—Muy bien —me guiñó un ojo—. Pues cuando te enteres, vienes y me cuentas porque yo no tuve tiempo de estar al día de chismes aún —dijo, haciéndonos reír—. Fuera bromas, sigo trabajando, ¿te pongo lo de siempre? —me preguntó.

—No… —fruncí el ceño— Hoy tengo el estómago raro, no tengo mucha hambre —dije con convicción.

—Aja… Entonces el desayuno para días que no hay mucha hambre, lo pillo. ¿Qué te pongo, Javier?

—Pues lo que le pongas a ella, tampoco me va a entrar mucho.

Diego soltó una carcajada y yo sabía bien por qué. Javier se enteraría muy pronto.

—Vale —dijo cuando paró de reír, limpiándose las lágrimas—. Pues ahora mismo lo preparo.

Me tuve que reír sin más remedio.

—¿A qué vienen tantas risas? —preguntó Javier.

—Nada —tenía que cambiar el tema, me puse seria o lo intenté—. Hace mucho tiempo me encontré con tu hermano, iba con prisas para comprarse el traje para tu boda… Así que te casaste.

—Sí, lo hice. Mi mujer era suiza, así que allí terminé. Conseguí un buen trabajo en Ginebra, en un periódico nacional. Me enamoró la ciudad y aunque es difícil adaptarse, me arriesgué. Me quedé allí, familia y trabajo. Vivía en las afueras, para mí un lugar idílico.

—¿Y cómo te fue?

—No puedo quejarme, la verdad. Ahora mismo estoy de vacaciones, después tengo una excedencia por dos meses porque mi mujer tuvo que viajar por trabajo a Kenia, así que estoy de relax todo el invierno.

—Dios, ¿Kenia? —pregunté con la boca abierta.

—Sí, tenía que hacer un documental, no podía decir que no, la cadena que se lo ofreció es bastante importante allí. Se perderá las

navidades, pero…

—¿Y por qué no te fuiste con ella? —se notaba que era lo que le hubiera gustado por la tristeza con la que hablaba de eso.

—No podía ir gente si no era del equipo, son demasiadas horas trabajando y no ayudaría en nada, casi ni podríamos vernos.

—Lo entiendo… ¿Pasarás entonces las navidades con tu familia?

—Las navidades y el invierno, no quería estar allí solo. Tenía ganas de estar con ellos, de disfrutar de estas fiestas con la gente que quiero, en mi hogar —me guiñó un ojo—. Cuando Elizabeth vuelva a casa a finales de Marzo, estaré allí. Pero ahora… No podía estar tanto tiempo solo, no sin ella allí.

—Pues me parece muy bien —entendía que debía ser duro cuando no era su país, mejor estar cerca de los suyos—. ¿Llevas mucho aquí?

—Qué va, llegué anoche. ¿Te acuerdas del piso de mis padres, el que tenían en el centro? —afirmé con la cabeza— Pues me quedaré allí, lo tenían cerrado por si alguna vez hacía falta desde que se compraron la casa nueve. Y ahora dime de ti, ¿trabajas? ¿En qué?

—Trabajo. Conseguí la plaza fija en el instituto que está aquí detrás hace unos meses y me compré también una casa, muy cerca de aquí.

—Me alegro mucho por ti.

—Aquí están los desayunos para no hambrientos —nos interrumpió Diego, dejando las cosas sobre la mesa.

—Joder, ya me extrañaba, si es que no cambias —rio Javier.

Me reí con él.

—Que os aproveche —se rio Diego al marcharse.

Miré los cafés, los zumos de naranja, las tostadas de pan de pueblo, los croissants y la crema de chocolate que me ponía aparte para untarle y los ojos me hicieron chiribitas. Digo me conocía bien, no importaba si tenía hambre o no, no iba a cambiar mi desayuno por nada del mundo.

—¿Estás casada? —preguntó Javier untando su tostada.

—¿Yo casada? No —reí—. Ni novio ni nada, me dediqué a mi trabajo y estoy muy bien sola.

—Eres lista. Cuando te casas, ya las cosas no son iguales. Hay cosas que no puedes hacer, como vivir solo —rio.

—Pues tú lo harás los próximos meses, así que no es tan

imposible —bromeé, mordí el croissant, ya untado en crema de chocolate y gemí por el gusto.

—No cambias —rio al escucharme—. Pero en realidad lo que yo haré no es como ser independiente, más bien es joderme con la vida por haberme puesto en esta tesitura —dijo triste.

—Lo siento, se ve que te entristece la separación de tu mujer y es normal. Pero debes de pensar en que solo será por un tiempo, no mucho. Ahora tendrás tiempo para hacer otras cosas que quieras, para divertirte, con tu familia cerca —sonreí—. Generalmente no hacemos muchas cosas por falta de tiempo, así que aprovecha que ahora mismo lo tienes, lo vives y pronto todo volverá a la normalidad.

—Sí, en eso tienes razón. Tendré que verlo desde esa perspectiva, solo que es raro para mí estar lejos de ella. Pero lo llevaré bien, solo es temporal —sonrió, agradeciendo mis palabras.

—Es que es así, tú piensa en positivo, en lo que harás y que no estarás lejos por mucho tiempo y disfruta mientras de tu día a día. Yo estoy por aquí, siempre que quieras hablar, pues me llamas y nos tomamos un café, sin problemas.

—Pues me vendría bien, además, aún tenemos muchas cosas que contarnos que hacía demasiado tiempo que no nos veíamos.

—Sí… Pues anota mi número de teléfono.

Lo hizo, registrando mi número en su móvil y yo el suyo.

—Gracias por todo, Sonia. Te llamaré —me sacó la lengua—. ¿Qué planes tienes tú para el día de Navidad? ¿Cena con la familia?

—No… —dije con tristeza— Mis padres murieron, aún no hace un año de eso, también por eso me compré la casa sin pensarlo. Mi hermana vino para el funeral y el papeleo y volvió con su marido a Nueva York. Él sigue con su trabajo en una multinacional de allí y les va muy bien, aquella es su vida. Quisieron llevarme con ellos, pero yo no quise. Y menos mal que no lo hice, porque después de eso conseguí mi plaza fija y decidí comprarme mi pasa.

Todo ha sido muy duro y aún no lo superé, pero poco a poco —dije con tristeza.

—Lo siento, Sonia… No sabía nada…

—Gracias. Así que creo que pasaré esa noche frente a mi chimenea, disfrutando de las fiestas en soledad. Pensando que ellos están conmigo.

—No puedes estar sola ese día.

—Quiero hacerlo. Estar en otro lado sería… Estaría triste, porque las navidades pasadas estaba con ellos, Javier. Prefiero no ver una fiesta ostentosa, demasiado dolor… Estaré bien.

—Está bien, supongo que tienes razón en querer hacerlo así. Lo que sea mejor para ti.

Sonreí, agradeciéndole que lo dejara estar, aunque no lo entendiera del todo. Pero eran unas fechas con muchos recuerdos para mí.

Charlamos un rato más y me despedí de él, quedando en tomarnos un café pronto y en hablar de todo lo que no nos habíamos contado aún.

Me fui a casa y estuve pensando ese día en él. Algo me ocurría, era como si él…

Deseché esos pensamientos locos de mi cabeza. No podía ser que ese hombre me hubiera hecho sentir algo porque sería para matarme.

No, no podía pensar en eso, debía de ser producto de mi imaginación.

Capítulo 2

Era el día de Nochebuena y yo me desperté sin ganas de nada, la nostalgia y la tristeza me invadían, no quería ni levantarme de la cama.

Me costó levantarme de la cama, pero me obligué a hacerlo. Fui a la cafetería a desayunar y me quedé, mientras lo hacía, mirando por el cristal, viendo cómo la nieve caía. Ese día estaba sola, como era normal. Pero me hubiera gustado ver a Javier allí, desayunar con él para no pensar más en cosas tristes. Una idea tonta, además. No era algo que pudiera echar de menos. Pero la verdad es que había pensado demasiado en él y no entendía por qué.

Un buen desayuno y directa al supermercado para comprar lo que necesitaba. Aunque estuviera sola, la comida tenía que ser especial, no la de un día normal y corriente. Como mi madre decía, ese día tenía que ser especial sí o sí. Así que era mi turno de cocinar para un solo comensal. Me sobraría para un mes viendo todo lo que estaba poniendo en el carrito de la compra, pero…

Ya en casa, me puse a cocinar, de esa forma se me iría un poco la pena que sentía. Echaba mucho de menos a mi familia, no volvería a pasarla con mis padres. Tenía que acostumbrarme a ello, pero no era nada fácil.

Empecé a llorar de nuevo por la pena que sentía en mi interior.

Mi hermana me llamó y estuvimos mucho tiempo hablando. Le dije que la echaba mucho de menos, le dije que no estaba triste para no hacerla sentir peor ya que se culpaba por no haber venido a pasar las fiestas conmigo.

Al colgar, terminé de preparar la cena, platos típicos que mi madre siempre cocinaba para esa noche y que a nosotras nos encantaban.

Casi sin darme cuenta llegó la noche, me di una ducha e iba a vestirme cuando me sonó el móvil con la llegada de un mensaje. Me quedé extrañada cuando vi que era de Javier y sin saber por qué, hasta temblé al leerlo. De verdad que lo que me pasaba con ese chico

no era normal…

“Hola, Sonia. Sé que querías estar sola esta noche, pero no va a poder ser. En unos quince minutos voy a buscarte. No me contestes, no te daré tiempo a que inventes una excusa. Tienes quince minutos para estar lista.”

No podía ser lo que estaba leyendo. ¿Que estuviera lista para qué? Seguramente querría que cenara con él y sus padres. Sabía de más que quería estar sola, pero había pasado de mí. Lo dejaría pasar porque era él, de cualquier otra persona no me habría hecho mucha gracia. Pero pasar esa noche con él era algo que, increíblemente, me hacía sonreír y me calmaba la ansiedad que sentía.

Abrí el ropero, ya más que nerviosa y después de mucho dudar, elegí un vestido y me arreglé: complementos, maquillaje, el pelo recogido… Bien, había quedado bien.

En quince minutos justo sonó el timbre y fui a abrir la puerta, no podía ser que estuviera tan nerviosa. Puse una gran sonrisa al ver a Javier.

—Hola… —me miró de arriba abajo—. Estás guapísima —¿sonaba seductor o era cosa de mi imaginación?

—Gracias, también estás muy guapo —estaba roja como un tomate—. Pasa… —le hice un gesto de invitación con la mano.

—Por tu ropa veo que aceptas la invitación —dijo mientras entraba—. Tampoco tenías de otra —rio.

—Lo pillé —reí—. ¿Y adónde vamos? —se paró en el salón y se giró para mirarme.

—Pues aún no lo sé, les mentí a mis padres con que tenía un compromiso al que no podía faltar. Ya encontraremos un buen sitio donde celebrarlo.

—Ah… Pues yo llevo todo el día cocinando la cena, no sé, si te apetece… Podemos comer aquí, hay comida para un regimiento, mejor que improvisar es. Además, no soy mala cocinera.

—Me parece estupendo —sonrió ampliamente—. Más cómodos vamos a estar, eso seguro. Con vino, esa chimenea… —me guiñó un ojo.

—¿Vino? Mierda, pues el vino no será parte de la ecuación, no suelo comprar —reí.

—No es problema. Voy a un sitio con unos vinos deliciosos, no tardo —salió corriendo y yo me reí.

Me quedé sin saber reaccionar unos segundos. Entre verlo tan guapo y allí… Joder, pero estaba casado. Era una pena, porque si no…

¿Y eso impedía algo?, preguntó una voz dentro de mi cabeza.

Negué por el pensamiento, me conformaría con admirarlo.

Sonreí por el detalle que había tenido, dejar a su familia, a la que echaba mucho de menos por pasar esa noche conmigo sabiendo que estaría sola, eso no era algo que me esperara de casi nadie. Me sentí especial y mis pensamientos hicieron de la suya imaginando que quería mucho más conmigo y que por eso lo estaba haciendo todo.

Deja de imaginar cosas, Sonia, está casado, solo está siendo amable y un buen amigo, me regañé a mí misma.

Fui a la cocina y saqué dos copas para cuando volviera, no tardó mucho y venía con demasiado vino.

—Dios, qué exageración —reí al dejarlo entrar—. Con una bastaba, no tengo ganas de terminar la noche en el hospital por un coma etílico —no podía dejar de reír.

—El vino nunca está de más, y lo que sobre, pues lo tienes para otro momento —sonrió dejando las botellas encima de la encimera.

—Ya te invito otra noche y nos terminamos todo —reí—. Te quedan muchos días aquí, hay tiempo.

—Sí, bastante. Y menos mal que te encontré, me ayudará a hacerlo todo más fácil, eres una compañía genial.

—Gracias…

¿Una compañía genial? ¿En qué sentido? No, no podía pensar en algo más, no otra vez. Éramos amigos, solo eso.

Sirvió las dos copas de vino y brindamos por unas navidades felices. Me puse a preparar la mesa, la pequeña que usaba, los dos sentados en el sofá. Me ayudó y no tardamos mucho en sentarnos a comer, estábamos los dos hambrientos.

La chimenea de fondo, el ambiente nevado fuera, la velada invitaba a pasar una noche perfecta, íntima y…

No vayas de nuevo por ahí, Sonia, me recriminé.

—Me siento muy bien aquí, contigo, no echo de menos la cena en familia, la verdad es que estoy súper relajado —rio.

—Exagerado —reí.

—No, es la verdad. Me gusta estar con ellos, sobre todo en fechas especiales, pero una noche como esta es una locura. Prefiero algo más tranquilo, como estar aquí, contigo. Gracias por darme la oportunidad

de vivirlo.

—Yo soy quien tiene que agradecerte que pierdas la noche por acompañarme —dije con sinceridad—. Pero te equivocas en algo, porque como me baba todo ese vino, creo que esta cena también se puede convertir en una locura —solté una carcajada y lo hice reír—. Menos mal que no tengo que salir de casa.

—Lo de salir lo veremos, que lo mismo acabamos de copas por ahí, ¿quién sabe? —rio y me llenó, de nuevo, la copa de vino.

—Pues no te diría que no, hace tanto que no salgo… Creo que desde que era adolescente, ya ni lo recuerdo.

—¿Cuando quedábamos con toda la pandilla después de la cena y nos hacíamos el botellón?

—Más o menos —reí.

—Hace mucho de eso… Y eso no tiene que ser así, somos jóvenes, tenemos que volver a vivir esas cosas.

—¿Por qué no? Yo me apunto, no vendría mal recordar los viejos tiempos y lo que es salir de noche, sobre todo en una noche como esta —sonreí.

La cosa se me iba de las manos esa noche, pero seguro que nos divertíamos.

La cena fue divertida. Le pregunté sobre Suiza y me estuvo contando cosas de su vida allí, cuán diferente era todo, pero le gustaba, se notaba en la emoción que les ponía a sus palabras al hablar.

—¿Sonia? Tierra llamando a Sonia.

Pestañeé y lo miré, me había quedado en el limbo mientras lo escuchaba.

—Lo siento… —me reí, avergonzada, porque no tenía excusa ninguna.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó serio.

—Esto… No sé —no sabía, pero yo no podía dejar de reírme, y él se veía tan serio que me hacía reír aún más—. Es que no me enteré de lo que estabas contando, perdón —estaba muriendo de la risa.

—Vaya… Pues hablaba sobre el accidente…

—¿Accidente? —mierda, ya había metido la pata, se me fue la risa de repente, no sabía ni dónde esconderme. Me puse seria, pidiendo a la tierra que me tragara. Él hablando de no sabía qué accidente y yo descojonándome de la risa, si es que no tenía perdón de

Dios…

Me quedé mirándolo a los ojos, no sabía ni cómo iba a disculparme, cuando un destello de humor pasó por ellos.

—Joder, que me lo creí, eres un capullo, no bromees con esas cosas —le di un cate en el hombro, por idiota.

—Perdón, lo siento —rio, pidiendo perdón con un gesto de las manos.

Era para matarlo, fue lo que me apeteció en ese momento. Yo era una persona bromista, pero sobre esos temas no soportaba una broma, me cortaban el cuerpo. Mis padres murieron en un accidente.

—Ey, perdón —me miró, arrepentido.

—No pasa nada —suspiré.

—¿No estás enfadada conmigo?

—No.

—Pues cambia esa cara. De verdad que lo siento… —le regalé una media sonrisa— ¿Nos vamos entonces a amanecer en los bares?

—Mejor —sonreí—. Pero así ni de coña, deja que me cambie —dije asustada.

¿Y ahora qué mierda me ponía yo?, resoplé al abrir el ropero. Al final, conseguí decidirme por el vestido rojo, quedaría bien siendo nochebuena. Un poco de retoque al maquillaje, al pelo y perfecta para salir.

Volví al salón y sonreí cuando Javier me miró, de nuevo, de arriba abajo, con los ojos abiertos de par en par. Sabía, de más, que ese vestido me quedaba más que bien, me hacía sentir una diva además.

—Dios… Me quedé sin palabras —dijo cuando me miró a los ojos.

—Espero que sea un piropo —bromeé, cogí mi abrigo y nos marchamos, dispuestos a caminar hasta uno de los pubs que había cerca de mi casa.

Caminamos y charlamos por el camino y ya en el pub, comenzamos a beber. Bebí demasiado, noté que se me subió rápido a la cabeza, pero me lo estaba pasando muy bien.

Acabé en la pista, cantando a pleno pulmón y bailando, algunos chicos se acercaron a mí… Mejor diré lo intentaron, porque Javier se puso a mi lado y los espantó a todos. Bailamos un rato, los dos juntos, cerca, pero sin tocarnos en ningún momento.

Tenía en mi mente el recuerdo de que él no era precisamente un

buen bailarín, pero eso parecía haber cambiado con los años y me sorprendió gratamente.

—¿Desde cuándo bailas tan bien? —chillé para que me escuchara con la música tan fuerte.

—Ah, eso mejor lo dejo como mi secreto —gritó él y se rio.

—Ese secreto me lo tienes que contar.

—Me lo llevaré a la tumba.

—Ya lo veremos… —a mí, a cabezota cuando quería algo, no me ganaba nadie.

—Deseando ver cómo harás para lograrlo —me guiñó un ojo, su voz, picarona.

Y yo no sé si era eso, el alcohol o qué, pero me empezó a subir un calor por el cuerpo…

No, claro que era eso. Era él. Ese chico estaba más que guapo y me gustaba, muchísimo, para qué iba a mentirme a mí misma. Pero, por desgracia, estaba casado, no tenía nada que hacer ahí.

Bailamos, bebimos, reímos… La confianza entre nosotros ya era mayor. Algún que otro roce, alguna broma más fuerte… Pero tenía que cortarme, él no podía notar el efecto que tenía sobre mí.

Se portó como un caballero, no me faltó de nada en toda la noche, ni se separó de mí en todo momento, era todo un encanto.

Volvimos a mi casa cuando comenzaba a amanecer, menos mal que llevé el abrigo, porque hacía un frío…

—Me lo he pasado muy bien, gracias por compartir esta noche conmigo —dijo cuando nos paramos delante de la puerta de mi casa.

—Yo también me lo he pasado muy bien, Javier, así que te doy las gracias también —le guiñé un ojo.

—Lo necesitaba. Hacía tanto que no salía y me lo pasaba tan bien… —metió sus manos en los bolsillos del pantalón y me miró fijamente— Gracias, me ha encantado hacer todo eso contigo…

Vi cómo se acercaba a mí y me mantuve inmóvil mientras besaba mi mejilla. Después de eso, se fue. Sin una palabra más.

Ya en casa, descalzada, desvestida y reventada por el lote de bailar que me había dado… Tenía los pies para un tratamiento, qué dolor… Me acosté en mi cama, pero no pensé nada. Con todo el alcohol que me había metido en el cuerpo, no era capaz de hilar ningún pensamiento coherente.

Solo pensaba en que la noche había sido casi perfecta, no perfecta

del todo porque entonces él seguiría a mi lado, terminándola conmigo.

Tenía un problema, ese hombre me gustaba más de lo que debía.

Capítulo 3

Cuando me desperté, ya eran más de las dos. Me dolía la cabeza horrores por culpa de la resaca y no podía mover mi cuerpo ni para levantarme de la cama, tan agotada estaba. Miré el móvil y vi que tenía un mensaje de Javier, hacía ya un buen rato. Sonreí, incluso olvidando el dolor de cabeza que tenía.

"Buenos días, guapísima. Espero que anoche te lo pasaras tan bien como yo. Gracias por compartir conmigo una noche tan especial como la Nochebuena y ahora… Disfruta del día y Feliz Navidad."

La sonrisa tonta no se me quitaba de la cara. Me dispuse a responderle.

"Feliz Navidad para ti también. Y soy yo quien tiene que darte las gracias por haber pasado la noche conmigo, fue todo un detalle. Se me olvidaron las penas y no pensé en nada más que en disfrutar. Así que de todo corazón, muchas gracias y ojalá podamos repetirlo otra vez."

Vi cómo leía el mensaje instantáneamente y me puse nerviosa por ello. Esperaba que me respondiese, pero temblaba por mi propuesta y por cómo se la podría haber tomado.

"Repetirlo seguro. No quiero que estés triste, cuando eso ocurra, solo llámame. No te dará tiempo a que me llegue el mensaje que ya estaré tocando el timbre de tu casa. "

Oh, por dios, eso sí que era un mensaje bonito.

"Gracias…. Sonríe y disfruta de la Navidad con tu familia. Besos."

Su respuesta no se hizo esperar.

"Feliz día para ti también. No te quiero triste, intenta sonreír porque es un día muy especial. La Navidad es una fecha mágica y de sorpresas, espero que nunca olvides eso."

La sonrisa de tonta no se me iba de la cara. Ojalá las cosas fueran así, día especial, día de sorpresas. Podía pedirle a Santa Claus que me lo trajera de regalo… Yo y mis pensamientos locos. No podía pensar cosas así, estaba casado, pero mi mente iba por libre, haciéndome reír con sus locuras.

Con mucho trabajo, logré levantar mi cuerpo de la cama y fui a prepararme una gran taza de café para tomarme un par de pastillas a ver si así podía aliviar la resaca que tenía.

Y ahí estaba, sentada a la mesa de la cocina, con mi café en mano y con mi mente volando. No podía dejar de pensar en él y la sonrisa de idiota se estaba volviendo perpetua en mi cara. Me ponía nerviosa cuando recordaba o imaginaba cosas… Ese era el efecto que ese hombre tenía en mí. Y eso tenía que acabar, podía darme problemas.

Con la bañera ya llena y con sales de baño relajantes, entré dispuesta a desconectar un rato mi mente de esos pensamientos. Me había tumbado y había cerrado los ojos cuando escuché la notificación de un mensaje en mi móvil. Lo tenía cerca, en un taburete cerca de la bañera, donde siempre lo dejaba cuando me daba largos baños.

Era un mensaje de Javier. Sonreí de nuevo.

Me reí cuando vi que el mensaje era una foto, un selfie de él, sonriendo. "Feliz Navidad", ponía el mensaje. Estaba guapísimo… Y yo, sin poderlo evitar, me hice una foto, solo con mi cara mientras me bañaba y se la mandé con otro mensaje: "Feliz Navidad, un día de relax."

Vi cómo le llegó la foto, pero no me respondió al mensaje. Resoplé, seguramente se me había ido la cabeza, esa foto no debería de habérsela mandado, no estaba bien, pero como yo era así y no pensaba las cosas antes de hacerlas o de decirlas… Para matarme.

Suspiré, regañándome a mí misma por haber metido la pata, pero ya no podía hacer nada. El tiempo pasaba y yo seguía sin respuesta, seguramente no le había sentado nada bien. En fin…

Salí de la ducha, me puse mi pijama y después de comer las sobras del día anterior, me tumbé en el sofá. Era mi día de relax, ¿no? Pues eso iba a hacer, es decir, no iba a hacer nada.

Y fue en unos de esos momentos de tranquilidad absoluta cuando los recuerdos volvieron a mí, poniéndome triste. Eran tantas las Navidades en familia y ahora… En ese momento estaba allí, sola. Completamente sola.

Me quedé dormida casi sin darme cuenta, me despertó el timbre de la puerta de mi casa al sonar. Me levanté y bostecé por el camino, abrí la puerta extrañada, sin tener ni idea de quién podía visitarme en un día como aquel.

Y me quedé en blanco al verlo, sin saber reaccionar, a él sí que no

lo esperaba…

Sonrió, me miró de arriba a abajo y rio, suponía que debía de tener unas pintas graciosas con mi pijama de ositos y mi pelo desastroso después de un baño y una siesta.

—Pensé que llegaría a tiempo de pillarte aún en la bañera, pero veo que no —dijo entre risas.

—A ver si te crees que soy un pato y me paso el día en el agua —reí y le hice un gesto con la mano para que entrara—. ¿Y esas bolsas? —cerré la puerta y lo seguí hasta la cocina, donde las dejó encima de la encimera.

—Comida.

—Pero si me sobró anoche —le recordé.

—Ya, pero eso a mi madre no le importa —rio y comenzó a sacar los tuppers de las bolsas—. Le dije que iba a cenar con una amiga del colegio y los preparó, cualquiera le decía que no… Y cuando se enteró que esa amiga eras tú… No sé por qué, pero entonces metió aún más comida —rio a carcajadas.

—Esa la fama que tengo —resoplé, pero acabé riendo.

—Le caes bien de siempre, lo sabes.

—Sí y ella a mí también. Dale las gracias de mi parte.

—Espero no haber interrumpido nada, he entrado con toda la confianza del mundo…

—No, estoy sola —reí.

—Eso porque la foto me la mandaste a mí, sino tendrías una fila de tíos aquí, en la puerta de tu casa… Es que con fotos así… —rio.

—¿Cómo sabes que solo te la mandé a ti? —reí, bromeando.

—Porque no me encontré a ninguno fuera —me sacó la lengua—. Y créeme, con esas fotos indebidas, habrían corrido hacia aquí.

—Exagerado…

—Ya en serio… Gracias.

—¿Por qué?

—Por habérmela enviado solo a mí —dijo muy serio, con voz ronca y yo carraspeé, nerviosa. El tono de su voz… No, Sonia, quítate esos pensamientos de la cabeza, me reñí a mí misma—. Y ahora, al sofá…

—¿Yo al sofá? —pregunté extrañada.

—Sí, tú, de la cena me encargo yo, así que me esperas allí y no me molestes.

—No, no me voy ni a quejar —reí, saliendo de la cocina.

No tardó mucho en venir a traerme una copa de vino y algo de picar. Mientras, puse música y disfruté de ello, canté y reí mientras lo veía poner la mesa, la que le había quedado perfecta y con una cantidad de comida impresionante, su madre era bastante exagerada. Pero todo un detalle.

Ya sentados, comiendo, disfrutamos de una buena charla. Los dos recordando viejos tiempo. Las locuras que hacíamos, los amigos de esos años y cómo les iba la vida en ese momento. Disfrutaba con momentos así, sobre todo en su compañía.

Siempre sonreía, pero notaba que algo en él había cambiado. No sabía explicarlo, pero me daba la sensación de que me miraba de una manera algo distinta a como lo había hecho desde que me reencontré con él. Tal vez era lo que yo quería ver, para que mi mente siguiera imaginándose cosas que no pasarían con un hombre que estaba casado. Pero no podía evitarlo.

Después de la cena y de recoger todo, decidimos ver una peli. Le dejé elegir, la verdad es que me gustaban todas las que tenía, así que…

Ya con las risas, sentados en el sofá con una copa de vino y las palomitas, con la peli a punto de empezar…

—Pues nada, ¿te quedas a dormir también? —bromeé.

—En camas separadas, ¿por qué no? —dijo cuando dejó de reír, enarcó sus cejas y me miró.

—Ni que fuera a violarte, tampoco es que muera de deseo por ti —dije yo, seria, bromeando por cómo había sonado lo de las camas separadas.

—Nunca se sabe…

—Milord, no tienes que preocuparte por nada. Te prometo que tu virtud seguirá intacta —dije muy seria, mirándolo, haciéndolo reír a carcajadas.

—No te callas una —negó con la cabeza, sin dejar de reír—. Y ahora calla y ven —me puso el brazo por los hombros haciendo que me acercara a él, pegando nuestros cuerpos—. Voy a comprobar si puedes estar callada mientras ves una peli, si la ves entera y sin que te duermas y si no me haces spoiler…

—Pero bueno, ¿con qué clase de mujeres has salido tú? —bromeé.

—Ninguna era como tú, eso seguro…

Me callé, sin saber qué responder a eso. ¿Era algo bueno o malo? Daba igual, estaba casado, ¿es que no podía recordar eso a cada segundo? Pues no, no podía porque prefería olvidarlo e imaginar que para él yo no era simplemente una amiga más.

La película empezó… Y un rato después yo no veía la hora de que terminara. Me movía, intentando coger postura, pero no estaba cómoda con ninguna. Había elegido la película más aburrida de todas las que tenía, no me lo podía creer. Eso era un tostón, no había quien se lo comiera.

Me moví y lo hice carraspear de nuevo, algo desesperado, pero joder, yo estaba ya por salir de allí corriendo, qué aburrimiento.

Y eso es lo que tenía que hacer. Salir corriendo.

—Me muero de hambre —la frase perfecta para levantarme rápidamente del sofá y salir corriendo para la cocina, tenía que escaquearme de alguna manera.

Abrí el frigo y miré… Eso estaba rico…

—¿Tanta hambre tienes para salir corriendo?

Casi me da algo… No sabía que lo tenía detrás, no lo había escuchado llegar. Del susto, grité y me giré con mi cosa rica en las manos, estampándosela en su camisa…

—Mierda, mi pastel —gemí, más preocupada por haber perdido el último pastel de chocolate que por haberle estropeado la ropa, pero es que me salió del alma.

—Mierda, chocolate —rio él mirándose la camisa, hecha un desastre—. Era más fácil decir que no te gustaba la peli o dormirte —rio, haciéndome reír a mí también.

—Lo siento —dije ya, algo contrita—. Dame la camisa, limpio… —señalé al suelo, la que había liado con el dichoso pastel— Mejor después limpio esto, ahora me encargo de tu camisa. Te traigo otra.

—¿Me traes una camisa de hombre? ¿Me estás diciendo que tienes ropa de otro hombre' — ¿sonaba enfadado o era cosa mía?

—Me acojo a la quinta enmienda…

Fui a mi dormitorio y rebusqué en los cajones hasta que encontré lo que quería. Una blusa de hombre que tenía, pero no por la explicación normal… Es que la vi en una tienda, me gustó y me la ponía para estar por casa porque el grabado que tenía era lo máximo. Pero esa explicación no era la primera que se le había pasado a él por la mente…

Fui a darle la camisa, entré en la cocina y me lo encontré, fregona en mano mientras limpiaba el estropicio y… Joder… Ya no tenía su camisa puesta y yo me quedé como una idiota mirando su torso desnudo.

Era perfecto, más que perfecto, debía de cuidarse mucho, además de tener una buena genética.

Necesitaría un babero a ese paso…

—Toma….

Lo miré cuando me habló, estaba dándome la camisa y evitando reír, sabiendo de más que me había quedado anonadada mirándolo.

—Toma la limpia —tartamudeé, dándole la mía.

—Pues no sé de quién es, pero no le voy a negar que tiene buen gusto.

Buen gusto y él buen percha, porque le quedaba más que perfecta. Aunque con ese cuerpo, le quedaría bien cualquier cosa.

Entre los dos terminamos de recoger el desastre y preparamos una bandeja con cosas para picar. Nos sentamos de nuevo en el sofá y picamos algo.

—No pasa nada si te duermes —rio al sentarse a mi lado.

—Ya sé que no pasa nada, pero es que la elegiste a propósito para que me durmiera.

—La verdad es que sí —rio.

Lo miré seriamente y le di en el hombro, por tonto, pero acabé riendo también. Sabía yo que lo había hecho a posta.

Con la película aún puesta, pasamos de ella, comimos y charlamos sobre los planes para la próxima celebración, Nochevieja. Era, como la de la noche anterior, algo para celebrar en familia.

Yo le dije que estaría sola, pero que de verdad que no se preocupara por mí, que era normal que me pusiera triste, pero tenía que hacerlo. Hasta que me propuso pasar esa noche con él. Alquilar unas cabañas que conocía en las afueras de la ciudad y donde había estado en alguna ocasión y celebrarlo los dos allí, lejos de toda la parafernalia familiar para él y así yo no estaría sola.

Me encantaba el plan, pero no quería fastidiarle otra noche a él, por mucho que le dijera que prefería pasarla conmigo.

—La pasamos juntos. El día nos venimos de vuelta para empezar el año nuevo descansados y no hay más que hablar —dijo muy serio, sin darme opción a negarme o a poner otra excusa.

—Pero…

—Pero nada. Mañana cuando nos levantemos, nos vamos. Estamos unos días allí, verás que lo pasaremos bien y te va a encantar. Y a mí también me vendrá bien.

—¿Mañana ya?

—Sí, ¿otro plan mejor?

—No… Pero…

—Entonces por la mañana salimos, nos acercamos a mi casa y preparo una maleta rápidamente y nos vamos a la aventura.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy —dijo sonriendo—. Pero no estoy muy seguro de qué peli poner ahora —rio.

Me levanté, riendo y elegí una. Me senté de nuevo en el sofá y aunque por su forma de resoplar supe que esa que elegí no le hacía mucha gracia porque era más bien romántica, sonreí, que se aguantara, pero era el tostón que había elegido él.

Con su brazo de nuevo por mis hombros, me puse cómoda y cerré los ojos con una sonrisa en los labios pensando en los días que iba a pasar junto a él.

Capítulo 4

Nos despertamos en el sofá, nos habíamos quedado dormidos ahí. Eran poco más de las nueve y media de la mañana. Sonrió cuando me miró, con esa sonrisa que tanto me gustaba, me dio un beso en la frente y me deseó los buenos días. Así podría levantarme cada día de mi vida…

Preparamos el desayuno y nos sentamos a tomarlo, los dos muy animados por los planes que íbamos a llevar a cabo. Pasar unos días lejos de todo nos iba a venir muy bien. La verdad es que aún no sabía cómo agradecerle que estuviera haciendo todo eso por mí en esas fechas tan especiales y, a la vez, tristes para mí. Era demasiado generoso conmigo y muy considerado. Cuando pensaba en las Navidades que iba a pasar sola, me ponía triste al imaginar que nadie estaría conmigo esos días y, sin embargo, la sorpresa aún estaba en mí. Ojalá lo hubiera sabido antes, me habría ahorrado muchas lágrimas.

Me di una ducha rápida, preparé la maleta y ya con la casa recogida, nos fuimos para su coche. Paramos en su casa para que él pudiera preparar su maleta y tomar también una ducha. Me senté a esperarlo con una taza de café en las manos. No tardó mucho, así que salimos pronto para esa cabaña donde íbamos a pasar los próximos días.

El camino no era demasiado largo, ni dos horas de viaje, pero paramos a comer algo porque yo estaba hambrienta.

El camino fue divertido, no nos faltó tema de conversación y Javier no dejaba de bromear.

Y de mirarme…

No debería de estar pensando en esas cosas, pero una era mujer, podía intuir algo y las miradas que tenía para conmigo no eran de un simple amigo. O, como siempre, eso era lo que yo quería creer.

Hasta que habló de su mujer. Entonces todos mis pensamientos, por fin, pararon. Era lo mejor, para qué negarlo. Era un hombre

casado, no tenía que pensar que él quería algo más conmigo.

Cuando llegamos a la cabaña, me quedé boquiabierta. Aquel lugar era toda una maravilla. Dejamos las maletas dentro, echamos un vistazo por el lugar que se iba a convertir en nuestra casa los próximos días y decidimos ir a por algo de comida a un supermercado que habíamos visto cerca. Aunque comiéramos fuera algunas de las veces, teníamos que tener cosas allí, por si no nos apetecía salir o, por ejemplo, por si hacíamos cualquier salida.

El supermercado tenía de todo, así que llenamos un par de cestas sin cortarnos con ningún tipo de caprichos, sobre todo yo, que me encantaba un dulce. Carne, bebidas, pan, pasta… Vamos, lo que era hacer la compra.

Y nosotros parecíamos un matrimonio. Además, intentando conocer los gustos del otro.

Yo lo veía allí, haciendo la compra y con esas miradas que tenía para conmigo y me apetecía hacerle de todo. Dios, tenía que parar mi mente sí o sí, porque si no, iba a pasarlo bastante mal.

No podía ser que me gustara un hombre como él. No podía gustarme él. Después de tanto tiempo rehuyendo de los hombres, iba yo y me fijaba en el casado que era mi amigo de la infancia, si es que era para matarme.

Ya en la cabaña con todas las bolsas, comenzamos a ordenar la compra. Encendimos algunas velas olorosas que compramos y nos servimos una copa de vino para cada uno para tomárnosla mientras preparábamos la cena.

Ya cenados, con el estómago lleno y otra copa de vino servida, nos sentamos en el precioso porche delantero, abrigados porque hacía bastante frío, pero la estampa que teníamos delante para ver merecía pasar un poco de adversidades.

—Nunca pensé que una época así pudiera parecerme tan bonita —dijo rompiendo el silencio.

—La verdad es que siento lo mismo y me alegra si he tenido algo que ver en que la sientas especial. Para mí lo son y gracias a ti. No pensé vivir algo así estas Navidades.

—Claro que contribuyes a ello, más de lo que imaginas... Ven conmigo —se levantó y me ofreció la mano, la cual acepté y me levanté para seguirlo.

Nos llevó hasta un columpio enorme que había cerca de allí, en el

jardín, lleno de cojines que invitaban a tumbarse y cerrar los ojos. Dejamos nuestras copas cerca y él se sentó, haciéndome señas para que me acomodara sobre él, con la cabeza en sus piernas. Así podía mirar las estrellas, dijo. Y lo hice, me encantaba la idea.

Me quedé mirando ese cielo iluminado por esas brillantes luces y sonreí, era precioso.

Me quedé embobada y lo oí hablar sobre algunas de sus aventuras en la naturaleza, disfrutando de los relatos, de las cosas que había vivido. Con sus manos, me masajeó la cabeza y yo estaba en la gloria. Como para no…

Me centré en eso, en sus dedos sobre mí, acariciando, masajeando… Y me empecé a poner cardíaca por ello, entre lo que mi cuerpo sentía y lo que mi mente imaginaba. La tensión sexual se hico eco de mí y yo tenía que parar eso. Él no podía darse cuenta de lo que provocaba en mí, no podía hacerlo sentir incómodo, ¡que estaba casado! Si es que yo mucha suerte no tenía con los hombres, eso seguro.

—¿Te vas a acordar de mí cuando vuelva a casa? ¿Me echarás de menos cuando vaya a Suiza? —preguntó.

—No tengo tan seguro que vaya a permitir que te vayas —bromeé.

—Ay… Si estuviese soltero, te aseguro que no volvería. Me quedaría aquí, me quedaría contigo.

Me quedé en silencio después de oírlo decir eso. Esa frase denotaba que para él yo también era más que una amiga, ¿no? No todo eran invenciones de mi mente. Pero esa era la verdad, él estaba casado, quería a su mujer y yo no era nada. Escuchar eso dolía, dolía mucho saber que si ella no existiera, tal vez entre nosotros…

Joder, sí que dolía pensarlo.

—A mí me gustaría tener aquí, cerca, conmigo. Sé que no es algo que pueda ocurrir. Pero al menos me queda la cosa de que puedo disfrutar contigo de este invierno, el tiempo que me dejes estar cerca, claro.

—Si es por mí, cada día. También quiero pasarlo contigo. No te dejaré ni respirar, te acosaré hasta en el trabajo, así que serás tú la que se canse de mí —rio.

Tenía ganas de llorar, porque todo eso que me estaba diciendo me había confirmado, sin ninguna duda ya, de que para él yo también era

mucho más. Que mi mente no estaba tan loca con sus pensamientos, que había acertado de lleno en que esas miradas que tenía para conmigo significaban algo y, aunque me costaba creerlo, era la verdad.

—¿Crees que me cansaré de ti? —lo miré y sonreí— No puedo cansarme de un caballero, cuando dejes de serlo, ya veremos —reí.

—Con Elizabeth nunca tuve la necesidad de estar con nadie más, ni siquiera de mirar o pensar en nadie más. Fue así desde que la conocí. Sin embargo, contigo, no sé qué me pasa. La sigo echando de menos, pero el tenerte cerca me hace todo más fácil. Y tú eres especial por ello.

No sabía cómo tomarme eso último, si como algo bueno o malo.

Volvía a nombrar a su mujer y a mí como una forma de hacerle todo más llevadero, nada que ver con las palabras de antes en las que yo era algo más. Iba a volverme loca si seguía dándome una de cal y otra de arena porque no me aclaraba nada y mis pensamientos iban a mil por hora, para lo bueno y para lo malo.

Estuvimos fuera un buen rato, seguíamos con nuestra charla, aunque ya el tema se fue por algo más divertido. Con algo de frío, volvimos dentro, con la chimenea encendida y una taza de chocolate caliente, en el sofá y tapados con una manta, los dos en la gloria, pusimos una película. Casualidades de la vida, la protagonista de la peli resultó enamorarse de un hombre casado y la chica hacía todo y más por conseguirlo, payasadas incluidas, haciéndonos reír a los dos.

—Nunca hagas algo así —rio Javier, al ver la última ocurrencia de la protagonista.

—Tranquilo, no se me ocurriría. Yo tengo mejor imaginación, haría cosas peores —reí.

—No creo, me estás demostrando que eres buena, al menos te has portado bien hasta ahora. Mientras sigas así, no necesitaré el número de la policía.

—Como si me preocupara… Seguro que me detienen y me sueltan rápido porque no me soportan —reí.

—Eres una exagerada —rio y negó con la cabeza.

—No, es que no me conoces aún, Javier…

—Tengo todo el invierno para hacerlo.

—¿Eso significa que te aprovecharás de mí estos meses, conocerás cada secreto más oscuro y después me mandarás a la mierda? —reí.

—¿Aprovecharme de ti? Si quisiera eso, ya lo habría hecho, ¿no te parece?

—Sí… Solo estaba de broma, Javier. Sé que estás casado, respeto eso. Yo no… Yo no puedo pedir más, ni siquiera he dicho lo que siento, pero te respeto. Quizás no me respete a mí misma, pero quiero estar este invierno cerca de ti, aunque sea como amiga.

Esa era la verdad y no me costó decirla. Porque prefería estar así, sin tener nada más y disfrutando de esos momentos con él que tenerlo lejos y estar sola, sin poder verlo.

Parecía que lo que sentía por él era mucho más profundo de lo que yo misma imaginaba y no me había dad cuenta hasta que pronuncié esa frase.

Y daba vértigo, pero no podía mentir con respecto a mis sentimientos.

Me agarró y me dio un abrazo y yo suspiré, había dicho demasiado, pero necesitaba hacerlo. Se levantó y tiró de mí hasta el dormitorio, donde nos acostamos, abrazados. Yo sobre su pecho mientras él acariciaba, de nuevo, mi cabeza.

Fantaseaba con que todo entre nosotros fuera a más…

Cerré los ojos, sabiendo que eso no pasaría. Pero sabiendo también que ese hombre significaba mucho para mí.

Sabiendo que me había enamorado de él. Y que iba a doler.

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, aún seguíamos abrazados. Fuimos rápidamente a preparar el desayuno, necesitábamos una buena taza de café.

Estaba poniendo a funcionar la cafetera cuando el móvil de Javier sonó. Vi, porque lo tenía en la encimera, cerca de mí, que lo llamaba "Amor", así que sabía de más que era su esposa. Me miró y me hizo un gesto de que saldría para hablar con ella y afirmé con la cabeza, sin demostrar lo triste que me había sentido al ver que era ella.

Me serví una taza de café mientras esperaba que él entrara para desayunar juntos. Miré a través de los cristales de la cocina y lo vi sentado en el balancín donde habíamos estado la noche anterior. Sonreía mientras hablaba, se notaba que le hizo mucha ilusión recibir una llamada de ella, cosa normal, sobre todo sabiendo que donde estaba no era fácil que pudiera contactar con él.

Cuando entró de nuevo en la casa, lo hizo sonriendo, preparamos el desayuno y comimos.

Decidimos pasar el día en un embalse que había cerca. Tenía motos acuáticas y aunque hacía frío, la verdad es que tampoco era demasiado. Así que nos pusimos los trajes de neopreno y nos montamos en una de las motos para pasear por aquel lugar.

Era maravilloso. Y en la moto con Javier no pude dejar de reír y pensar que no salía de esa cuando hacía alguna de sus trastadas.

Ya harta de agua, porque me hizo tragar bastante e iba a coger una pulmonía, fuimos a comer a un pueblo cercano.

Parecíamos una pareja, sobre todo cuando caminábamos. Él me ponía el brazo por los hombros o me llevaba, en otros momentos, agarrada de la mano y yo me sentía más que especial con lo cariñoso que era conmigo. Y lo que deseaba era tener algo más, un beso, por ejemplo, pero era mucho pedir.

La noche la pasamos como la anterior, viendo una peli y durmiendo abrazados mientras acariciaba mi cabeza.

Yo sentía que él me deseaba, para mí era evidente y no una invención de mi mente, pero también era evidente lo que nos separaba. Su matrimonio.

El día anterior al último día del año, decidimos ir a comprar todo lo que necesitábamos para la cena del día siguiente, compramos de todo, comida, decoración para la cabaña, no faltó ningún detalle, Javier se encargó de ello.

Como él decía, quería que esa noche fuera inolvidable y no iba a faltarnos de nada. Como yo sabía, por el simple hecho de estar con él no la olvidaría nunca. Lo material, la decoración… Eso me daba igual, con él era más que suficiente.

Ya en la cabaña, guardamos la compra y dejé a Javier, más bien dicho me obligó a dejarlo decorar la casa a él solo.

Cuando me llamó para que entrara a ver cómo le había quedado, no pude más que sonreír, era perfecto.

—Se te ilumina la cara cada vez que sonríes, eres preciosa —dijo con voz ronca y me dio un escalofrío, mi cuerpo empezaba a irse por donde no debía con ese tono de voz.

—Gracias…

No sabía qué provocaba en mí ese hombre, pero normal no era. Demasiado…

Seguía mirándome y yo me estaba poniendo roja como la grana.

—¿Y qué planes tenemos para hoy? —carraspeé.

Pero él siguió mirándome y de la forma en que lo hacía me asustaba porque… Porque podíamos quemarnos si jugábamos con fuego. La verdad es que yo ya estaba calcinada.

Lo deseaba, me encantaba. Pero él tenía una mujer, una vida, cuando acabara el invierno se marcharía. Así que no podíamos… Lo único que podía hacer era vivir cada momento con él para recordarlo toda la vida.

—No sé, ¿qué quieres hacer tú? —preguntó él.

Me mordí el labio, pensando.

—Pues… Nada, la verdad. Lo que me apetece es no hacer nada, para eso hemos venido aquí, ¿no? Relax —sonreí—. Lo que quiero es estar contigo, nada más. Y… Comer carne. ¿Una barbacoa? —reí.

—Perfecto —rio—. Si quieres ve preparando la carne mientras yo enciendo el fuego.

Y así lo hicimos, tiempo más tarde estábamos ya sentados en el jardín disfrutando de la comida.

—Es para ti, no me voy a comer eso —reí, mirando la comida.

—¿Por qué no? Está buena, solo que demasiado hecha.

—Aja… —miré cómo cogía un trozo de costilla y la mordía con una cara de asco…, normal, estaba chamuscada.

—Menos mal que eras un especialista en barbacoas —reí, madre mía, qué desastre.

—Lo soy, pero no en barbacoas prehistóricas —resopló, haciéndome reír.

Prehistórica debía de ser, porque le costó la vida encenderla…

—Claro… ¿Un poco de esto mejor? —pregunté, refiriéndome a la ensaladilla.

Sabía que si la comía, me daría la razón a que la carne estaba para no comérsela, vi cómo lo meditó unos segundos y al final, tras resoplar, se apartó un poco de ensaladilla en el plato. Gané.

—Es la mala suerte del novato, la próxima verás como me sale perfecta.

La próxima…

¿Habría próxima? Seguro que no muchas, no entre nosotros. Solo las que nos diera tiempo ese invierno, porque él volvería a su vida, se iría de mi lado y volvería con su mujer.

No pude evitar que la tristeza se adueñara de mí.

—Sonia… Por favor, mírame —susurró.

Tragué saliva para evitar llorar antes de mirarlo a los ojos.

—No pasa nada… —susurré.

—Estas Navidades no vamos a olvidarlas nunca, disfrutemos de ella. Por favor, no quiero verte triste, ¿vale?

Pero él también lo estaba, se le notaba en los ojos que sentía dolor y que pensaba en lo mismo que yo. Sabía que no tenía culpa de lo que yo pudiera sentir, era yo la que tenía esos sentimientos por él y tenía razón, teníamos que disfrutar de esos días juntos, no pensar en nada más.

Sonreí, diciendo que sí.

Pero la tristeza seguía dentro de mí. No éramos nada, no había ocurrido nada entre nosotros y aunque yo a veces notaba que entre él y yo había mucho más, tampoco es que él me hubiera confirmado nada ni hubiera pasado los límites.

Era yo la que estaba enamorada de él.

Para él, yo era una amiga que le ayudaba a sobrellevar la separación con su mujer y con la que se sentía bien y se divertía, nada más.

Y con ese pensamiento tenía que quedarme.

Con ese y con disfrutar al máximo de nuestro tiempo juntos.

Comimos, llevando la conversación a temas más seguros y disfrutando del momento. Paseamos por aquel lugar, nos hicimos decenas de fotos, solos y juntos y reímos.

Corrimos mientras nos metíamos el uno con el otro, acabamos muertos de la risa en el suelo… Y las miradas entre nosotros, cada vez más intensas, estaban ahí, pero…

Ya en casa de nuevo, después de una ducha, era nuestro momento. Peli, sofá, manta y a disfrutar de sus caricias.

Al menos quería atesorar esos momentos porque para mí eran únicos. Y me calaban hondo.

En la cama, apoyada en su pecho y con los ojos cerrados, disfrutando de su cercanía, suspiré. Se marcharía y yo iba a sufrir. De eso no tenía ninguna duda.

Capítulo 5

La siguiente mañana me despertó un ruido, como si hubiera explotado algo. Me desperté sobresaltada y Javier también. Salió rápidamente del dormitorio, no sin antes decirme que no se me ocurriera moverme de la cama hasta saber qué era lo que había pasado.

Yo nerviosa y cuando lo vi volver, se me quedó la cara de tonta. Estaba casi a punto de ponerme histérica y resulta que él volvía muerto de la risa.

Esperé a que terminara de reír para que me dijera qué pasaba, pero él no podía dejar de hacerlo. Cuando lo logró, me contó que la grúa que llevaba un coche por el camino no sabe cómo, pero el coche se soltó y había liado la de San Quintín. Estrellándose en su caída contra un árbol.

Madre mía, le iba a dar algo al dueño cuando viera el estropicio.

Los dos ya despiertos, nos sentamos en el porche a desayunar. No sé qué le pasó cuando de repente me miró, agarró mi mano y comenzó a acariciarla mientras me miraba intensamente. Estaba nerviosa por ese gesto, iba a preguntar qué le pasaba cuando habló, dejándome asombrada.

—No quiero que se acabe el año, no quiero que llegue esta noche.

—¿Pero por qué? —no lo entendía.

—Porque cuando el año acabe, ya quedará menos para volver a la realidad. Quedará menos para que me vaya del país. Quedará menos para estar contigo… Si no acaba, sigo contigo.

—Pero pronto estarás con ella… Es lo que querías, ¿no?

—No, Sonia. Eso es lo que quería antes, pero no ahora…

—¿Ahora?

—Ahora. Ahora que me he enamorado de tu sonrisa. Ahora que me he enamorado de tu forma de ser. No puedo decirte que no quiero verla, mentiría. Claro que quiero y la echo de menos. No voy a mentir. Pero ella es mi esposa, estaremos juntos siempre. Pero tú… Tú solo

estarás conmigo un invierno —dijo con pena y dejándome completamente en blanco.

Me había quedado en shock porque con esas palabras me decía claramente que lo que yo imaginaba era real, no era lo que yo quería ver. Él sentía algo más por mí, no era solo una simple amiga para él.

Pero dolía mucho eso, porque era cierto que teníamos un tiempo y que todo se acabaría.

Cogí un poco de aire antes de hablar.

—Tenemos que disfrutar de esto —sonreí, porque era así, era como él había dicho, teníamos que disfrutar de cada instante y hacer de ese tiempo juntos algo para recordar toda la vida.

—Lo hago y guardaré cada instante en mi memoria. Pero me está costando no poder ser libre y hacer lo que quiero, Sonia. Quiero a mi mujer, la respeto y por eso estoy aguantando. No podría hacer lo que realmente deseo.

Escuchar eso me dolió aún más.

—Lo sé y te aseguro que yo también estoy reprimiéndome —dije con sinceridad—. Sé tu situación y me mantengo al margen y no tendría por qué, yo sí soy libre —esa era la verdad—. Pero te respeto y respeto tu situación.

—Gracias… —me dio un apretón en la mano, la tristeza aún en sus ojos como yo sabía que estaba en los míos.

Nos dimos un abrazo y cuando nos separamos, nuestras caras demasiado juntas, nos quedamos mirándonos. Nos acercamos, casi sin poder evitarlo. No un beso, solo un roce que me dejó temblando y nos separamos como si nos fuésemos a quemar. No era eso en lo que habíamos quedado y los dos lo sabíamos.

Salvamos al situación y con alguna que otra broma, entramos en la cocina para preparar la cena de esa noche, la del último día del año. Mirando la cantidad de comida que habíamos preparado, supe que nos habíamos pasado un poco. Pero bueno, esa noche era para eso, ¿no?

Mientras no le diera por hacer otra barbacoa… No tenía ganas de empezar el año viendo la carne chamuscada.

Comimos algo mientras estábamos con la cena. Ya con todo listo para esa noche, descansamos un poco en el porche.

—Te va a encantar el vino que elegí para la cena de esta noche —dijo.

—No entiendo de vinos —le recordé—. Pero si dices que es

bueno, me lo creo. Y miedo me da la cantidad de botellas que has comprado, exagerado —reí.

—Para que no nos falte.

—Si a este paso los que vamos a faltar somos nosotros, tal vez nos encuentren flotando en el embalse.

—O despertamos nosotros allí, desnudos y sin saber por qué —rio.

—La verdad es que si puedo elegir, me quedo con eso, porque ganas de morir no tengo.

—Pues si nos quedamos con esa y puedo elegir yo, quiero recordar por qué estamos desnudos, no quiero perderme un detalle de una perfecta noche contigo —me guiñó un ojo.

—Me parece que me beberé todo el vino, no va a sobrar nada —me descojonaba de la risa.

—¿Tan fácil me lo vas a poner? Piensa bien las cosas…

—No me provoques que empiezo a beber ya —le saqué la lengua.

—No, eso no. En la cena hay que estar sobrio para disfrutar de cada momento. Y de la comida, que no veo la hora de hincarle el diente. Habrá tiempo de beber después.

—No sé por qué me da la impresión de que te doy un poco de miedo —dije con picardía, picándolo.

—¿Miedo? Más miedo me doy a mí mismo y te daría a ti si leyeras mi mente…

—¿A qué te refieres?

—Sabes de más a qué me refiero. Estoy pendiendo de un hilo, aguantando la batalla entre mi corazón y mi cabeza y lo sabes.

—Yo no puedo hacer nada ahí…

—A veces creo que a la vida le gusta reírse de nosotros. Piensas que todo está bien, pero pasa algo o te pone una prueba y te das cuenta de que no está tan bien… Mi prueba eres tú, me desestabilizas.

—No, si ahora será mi culpa por existir —reí—. Culpa tuya.

—Mía no es —rio—. La vida nos ha traído hasta aquí, hasta esta cabaña. Y la vida me pone la dura prueba de la cabeza y el corazón.

—Supongo que lo correcto es hacerle caso al corazón, ¿no?

—Si le hiciera caso… —suspiró, mirándome con anhelo.

Seguramente se sentía igual que yo, queriendo que entre nosotros pasara algo, pero no podía y ambos sabíamos por qué. Él no era un hombre libre.

Estuvimos un rato en silencio y un poco más tarde, después de un café, decidimos empezar a prepararnos para esa noche tan importante.

Una ducha y a vestirnos de fiesta. Porque aunque solos, la situación merecía nuestro mejor porte.

Cuando lo vi, ya arreglado, estuve a punto de pedirle un babero, estaba para comérselo. Guapísimo con ese traje de chaqueta gris… Es que a ese hombre le quedaba todo bien.

Yo elegí un vestido de fiesta que me había llevado y que solo había usado una vez, rojo, largo y que me hacía un cuerpo de escándalo.

—Joder… —se quedó mirándome y solo dije eso.

—Eso digo yo, joder… —madre mía, podía pasarme horas mirando a ese hombre. Abajo… Arriba… De nuevo para abajo…

—Deja de mírame así —rogó y lo miré a los ojos, venía hacia mí —. Estoy intentando ser bueno, no me lo pongas más difícil porque no es fácil reprimir el deseo.

—Perdón… —me disculpé, contrita.

Había fuego en su mirada, se paró delante de mí y me miró con las cejas enarcadas, como si supiera, de más, que yo no me arrepentía en absoluto.

—No sé si esta noche podré controlarme…

¿Sonaba como torturado?

—No te controles —susurré.

Sabía que hacía mal al pedirle eso, pero no podía evitarlo. Lo deseaba y lo que sentía por él era demasiado fuerte.

En el punto en el que estábamos los dos o caímos o nos teníamos que alejar por completo. Y estábamos en esa cabaña, teníamos que estar juntos, separarnos esa noche no era una opción viable.

Y él lo sabía.

—Javier… —comencé— Sé cuál es tu situación, lo sé bien. Me siento la peor persona del mundo por sentir lo que siento por ti y no puedo evitarlo. No quiero evitarlo. Mis sentimientos por ti son muy fuertes. Sé que te irás, sé el final de esto. Pero yo no puedo esconder lo que llevo dentro, eso tienes que entenderlo. Estoy aquí, contigo y quiero vivir lo que venga. O lo que me quieras dar. Pero pedirte… No te pediré nada.

—Lo que te pueda dar… El problema es que no te puedo dar nada, mi amor —sonaba triste, como lo estaba yo.

—Yo lo sé… Y como te digo, no te pido nada. Solo disfrutemos de estos días.

¿Era mucho pedirle eso? Levantó su mano y acarició mi mejilla. Acercó su cara a la mía, nuestras bocas casi unidas.

—Quiero que sepas que yo tampoco puedo evitar sentir por ti… —susurró sobre mis labios.

Los acarició con los suyos y acabó dándome un suave beso que me hizo temblar. Nos miramos a los ojos unos segundos y vi el arrepentimiento en su mirada, pero no quería ver eso.

—Mejor cenamos —carraspeé y le regalé una sonrisa.

—Mejor, mi amor —sonrió.

Acepté su brazo y que me acompañara a la mesa y nos sentamos, uno frente al otro. Yo, aún, con mi cuerpo temblando por el toque de sus labios.

Capítulo 6

La cena se nos pasó en un suspiro, estuvimos charlando, contándonos anécdotas y secretos que podíamos definir como oscuros. Con la mesa ya recogida, esperamos para escuchar las famosas campanadas que dan inicio al año nuevo.

No sé cómo no nos ahogamos al comernos las uvas, nos entró el ataque de risa. Dimos inicio al año con un beso que… Solo pretendía ser un simple beso, pero se nos fue de las manos. Aun así, ambos deseábamos que fuera mucho más, pero no podía ser.

Estaba sentada en el porche, mirando ese cielo estrellado y el regalo de la luna llena con el que nos obsequiaba el inicio del año, cuando Javier llegó con dos copas en las manos.

—Me encanta estar aquí —suspiré. No podía ser menos, el lugar era de ensueño—. Es más que perfecto.

—Es perfecto por ti, Sonia… —susurró.

Tuve ganas de llorar al escuchar eso, me había calado hondo esa frase.

Un par de lágrimas salieron de mis párpados sin que lo pudiera evitar. Con sus pulgares, las secó.

—Javier… —me salió de nuevo un suspiro.

—No llores, por favor. Te juro que lucho cada momento por no caer, pero me está costando la vida, a veces siento que ya no me quedan fuerzas… Y no puedo verte triste, lo hace todo aun más difícil. Nuestra separación ya será lo suficientemente dolorosa… Si llega a ocurrir algo entre nosotros, no sé entonces si podría soportar separarme de ti.

Me quedé en silencio, con esas palabras retumbando en mi mente. Lo entendía porque yo pensaba igual, ¿pero cómo iba a evitar sentir por él?

Tras un suspiro mortificado, dejó caer su frente contra la mía y me miró unos segundos a los ojos antes de darme un rápido beso en los labios.

Y otro…

—Javier…

—Tengo que parar, pero no quiero —sí, sonaba mortificado.

Yo tampoco quería que parara, no en ese momento, me acerqué más a él, uniendo aún más nuestros labios, quería un beso, un beso de verdad. Al menos eso…

Nos besamos y fue increíble la sensación que recorrió mi cuerpo. seguimos besándonos, ninguno de los dos podía dejar de sentir al otro. La tensión sexual entre nosotros y los sentimientos eran demasiado fuertes.

El beso se profundizaba, nuestras bocas jugando, nuestros cuerpos ya completamente pegados.

Y yo ya no podía hilar un pensamiento coherente, ya mi cuerpo actuaba por sí solo.

Me moví, me levanté el vestido y me coloqué encima de él. No podía pensar, solo dejar a mi cuerpo actuar y pedir lo que necesitaba.

A horcajadas sobre él, con su pelo entre mis manos para que el beso fuera aún más profundo, desesperada...

Los dos sin aliento…

—No podemos… No podemos hacerlo —gimió cuando nuestras bocas se separaron para coger aire.

—No —era la verdad, no podíamos.

—Pero quiero… No quiero parar, no ahora.

—Ni yo —confirmé.

Mis caderas se movieron instintivamente mientras lo miraba fijamente a los ojos, haciéndonos gemir a ambos. Sus manos ya en mi trasero, apretándome contra él, provocándonos aún más.

—Joder…

Es lo único que salió de sus labios, es lo único que habría salido también de los míos. Estábamos al borde del desmayo por el deseo que sentíamos el uno por el otro. Nuestros cuerpos no mentían.

—Por hoy no pienses, por favor —le rogué, porque yo tampoco quería pensar en nada ni en nadie, al menos no en ese momento.

Se me quedó mirando unos instantes cuando le dije eso. Sabía que no era fácil para él, pero ese momento era nuestro, de nadie más.

Con sus manos temblando, me despejó del vestido, dejando que cayera hasta mis caderas. Miró mis pechos unos segundos y los cogió con sus manos, apretándolos después de acariciarlos. Nuestros

gemidos llenando el ambiente.

Mis pezones erectos entre sus dedos, un suave pellizco antes de llevárselos a la boca. Yo sentía que iba a desmayarme por el placer. Estaba demasiado excitada, había querido vivir eso durante mucho tiempo.

Me movía, provocando la tensión en nuestros cuerpos, disfruté del juego de sus manos y de su boca con mis pechos. Los sentía pesados, sensibles… Y no quería que dejara de tocarlos.

En uno de mis movimientos, al notar demasiado su erección, gemí. Me miró a los ojos antes de que su mano fuera hasta mi sexo, buscando darme placer.

El simple toque de sus dedos en mi clítoris me hizo temblar. Acerqué nuestras bocas de nuevo, devorando la suya, intentando evitar mis gritos por el placer.

—Si sigues así… —empecé la frase, pero el movimientos de sus dedos me hizo gemir, haciéndome callar.

—¿Qué? —preguntó con picardía.

—No aguantaré —gemí.

—No lo hagas, no aguantes nada. Solo dámelo, amor…

Su boca fue de nuevo hacia mis pechos, mordió mis pezones y siguió jugando con mi sexo. Cuando introdujo sus dedos en mí, ya no pude resistirlo más. Grité mientras el orgasmo se adueñaba de mi cuerpo.

—Lo siento, apenas me dio tiempo —me quejé cuando dejé caer mi cuerpo sobre el suyo.

—Y eso me encanta —me dijo al oído.

Mi cabeza sobre su hombro, intentaba normalizar mi respiración. Él me acariciaba sin decir nada.

Ya relajados, me senté de nuevo sobre él, recta, y lo miré a los ojos. Nos quedamos unos segundos así hasta que me hizo moverme. Se levantó del sofá y me tendió su mano, pidiéndome que lo siguiera.

Lo seguiría adonde hiciera falta.

Llegamos al dormitorio y me hizo esperarlo sentada en la cama. Me quedé extrañada al ver que salía, pero sonreí cuando vi que venía con algunas velas, las colocó y las encendió.

Él y sus detalles perfectos…

Se puso frente a mí y me ofreció de nuevo su mano, para que me levantara de la cama. Ya los dos de pie, frente a frente, terminó de

despojarme de mi ropa, dejándome completamente desnuda.

Lo miré con las cejas enarcadas y comencé a quitarle la suya, dejándolo igual. Me deleité con la imagen de su desnudez antes de que mis manos se apoyaran en su pecho, queriendo, acariciando cada centímetro de su cuerpo.

Queriendo grabarlo para siempre en mi mente.

Nos tumbamos en la cama, los dos de lado, mirándonos a los ojos.

Nos acariciamos sin prisas, tocamos cada parte de nuestro cuerpo mientras nuestras bocas comenzaban una nueva batalla.

Lo necesitaba, necesitaba tenerlo dentro de mí ya… Me puse encima de su cuerpo y me senté sobre él.

—No tienes paciencia —rio.

—Creo que no —bromeé.

Parecía que por él podía seguir horas con las caricias, pero yo estaba a punto de salir ardiendo, lo quería dentro ya.

No era momento de jugar, era momento de pasar a la acción. Era momento de sentirnos desesperados.

Dejé que mi cuerpo cayera sobre el suyo y volvimos a besarnos, no con delicadeza, besos duros y apasionados que mostraban lo desesperados que nos sentíamos el uno por el otro.

Nos hizo girar a ambos, invirtiendo las posiciones y su boca comenzó a vagar por mi cuerpo.

Con su lengua sobre mi sexo, jugando con él, me hizo temblar de nuevo. Lamía mi clítoris, lo mordió un poco y sus dedos entraron en mí, haciendo que el orgasmo se apoderara de nuevo de mí. Se colocó a mi lado y yo aún temblaba.

—Me toca —dije como pude, casi no podía ni respirar aún.

—No, Sonia, por dios. Ahora lo que necesito es follarte, habrá tiempo para lo demás —dijo desesperado y me hizo sonreír.

Volví a ponerme encima de él y con ayuda de mis manos, introduje su erección por completo dentro de mí. Vi la pregunta en su cara y me aligeré a responder.

—Estoy protegida, tomo la píldora, no tienes que preocuparte.

Con su rostro ya aliviado, comencé a moverme. Él no podía dejar de tocarme mientras, agarrando mi trasero, ayudándome a moverme.

Los movimientos cada vez más frenéticos hasta que llegamos al orgasmo. Derramándose dentro de mí. Caí sobre su cuerpo, completamente saciada. Nos quedamos abrazados, en ese momento no

queríamos movernos, no queríamos separarnos.

Ese solo fue el inicio de esa noche donde no pudimos estar sin tocarnos. Grababa en mi mente cada uno de sus gestos de placer, guardaba en mi memoria cada uno de sus gemidos. No quería perderme ningún detalle del tiempo que estábamos pasando juntos. Tenía que atesorarlo para toda la vida.

Pero todo lo bueno llegó a su fin también, habíamos disfrutado el uno del otro hasta la saciedad y ya era momento de volver a la realidad.

Por más que nos gustara, no podíamos quedarnos en esa burbuja eternamente.

La vuelta a casa la hicimos en el más riguroso silencio. Yo sabía y, además, entendía, su sentimiento de culpabilidad, pero no lo compartía. Para mí había sido la mejor experiencia del mundo.

Con el coche parado ya en la puerta de mi casa, era el momento de decir algo.

—Sonia, yo… —empezó, pero lo interrumpí.

—Nada… Ahora no tienes que decir nada. No es el momento, Javier —sonreí—. Han sido las mejores Navidades de mi vida. Pensé que las pasaría solas y la vida me ha regalado los mejores momentos, me quedo con eso. Ya estamos de vuelta en la vida real, necesitamos descansar, no hablar de nada ahora mismo. Quiero recordar lo que hemos vivido, nada más.

—Yo también —suspiró.

—Pues entonces vete a casa, descansa. Porque como te quedes aquí más tiempo querré y te pediré que vengas a la mía y ahí sí que vamos a tener un problema.

Él se acercó a mí, sonriendo y me dio un dulce beso.

—Ha sido más que perfecto —sonrió.

Con una sonrisa, me bajé del coche y vi cómo se alejaba hasta que desapareció de mi vista. Entré en mi casa y fui directamente a encender la cafetera, no me importaba la hora que era, yo necesitaba ese momento para mí, café en mano.

Me senté en el sofá y ahí me quedé, sumida en mis pensamientos. Reviviendo una y otra vez en mi mente cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos. Sonriendo por ellos y a la vez entristecida porque todo eso estaba llegando a su fin.

Capítulo 7

La mañana siguiente me desperté triste por no haberlo hecho a su lado, viendo su rostro, su sonrisa… Habíamos compartido unos días juntos y yo lo echaba mucho de menos. Lo quería a mi lado, pero él no estaba allí.

El día anterior nos despedimos sin decirnos nada, yo no quise hablar de nada. En ese momento ni siquiera sabía si volvería a verlo.

Suponía que él necesitaba un tiempo para pensar en lo que había pasado, seguramente estaría culpabilizándose.

Quizás ya había tenido de mí lo que quería y no lo vería más…, pensé.

Pero él no era esa clase de hombre, no podía dejar a mis pensamientos negativos vagar libremente por mi mente.

Así me encontraba, perdida, con la necesidad de verlo y tenerlo cerca y sabiendo que aunque eso ocurriese, también se acabaría pronto porque él se marcharía, a su vida, junto a su mujer.

Conociéndome, iba a pasarme el día comiéndome la cabeza. Me tomé el café y me puse a hacer limpieza en la casa, a ver si así mi mente se evadía un poco.

Fui a comprar, cociné algo para el almuerzo… En fin, me entretuve como pude.

Miré el móvil como doscientas veces, pero no me había escrito y eso me hacía ponerme aún más triste.

Ese día, la casa y la soledad me pesaban demasiado. Tanto lo echaba de menos a él.

Por la tarde, un poco desesperada ya, salí de casa con la idea de dar una vuelta por el centro comercial. Iba a entrar en la primera tienda dispuesta a quemar mi tarjeta de crédito para menguar la pena cuando me sonó el móvil. Rebusqué en el bolso y pestañeé, nerviosa, al ver que era Javier quien llamaba.

—Hola, amor. Vine a tu casa, pero no estás…

—Hola… Lo siento, salí a dar una vuelta, estoy en el centro

comercial. No sabía que irías —me disculpé.

—No te disculpes, soy yo el que tiene que aprender a llamar y dejar de aparecer por sorpresa —rio—. ¿Quieres que nos veamos, te acompaño en esas compras y tomamos algo? Podemos cenar por ahí, yo invito.

—Me encanta la idea, pero te puedes aburrir.

—Contigo lo dudo —rio—. ¿Dónde estás exactamente?

Quedamos en vernos en la puerta de la tienda en la que había entrado, mientras llegaba me daría tiempo a comprar algo porque, seguramente, estando con él no iba a hacer muchas más compras.

Colgué la llama con una sonrisa en la cara y no me puse a saltar cual niña pequeña de milagro. No me esperaba verlo, pero pronto lo tendría, de nuevo, cerca de mí.

Había pasado un día de mierda con mis pensamientos, sin razón, porque él venía a buscarme. Había ido a buscarme. Iba a gritar por la emoción.

Hice mis compras y salí, cargada de bolsas. No tuve que esperar mucho hasta que llegó. Venía más que guapo, como siempre. Me dio un abrazo y un beso en la mejilla, estábamos en un lugar público donde podía haber gente que lo conociera y era normal que guardara las distancias y las apariencias.

Caminamos hasta un bar que había dentro del centro comercial y nos sentamos, pedimos algo de beber y esperamos a estar solos para mirarnos a los ojos, en esa mirada sí que no nos guardamos nada.

—Pasé una noche horrible, tenía ganas de dormir contigo… Te juro que más de una vez tuve la tentación de ir a tu casa y meterme en tu cama porque no conseguía dormir sin ti —soltó, a bocajarro.

No podía creer lo que me estaba diciendo.

—Para mí tampoco fue fácil dormir sin ti, Javier.

—Me tenías que haber llamado, no habría tardado nada en ir, Sonia.

—No podía —dije con pena—. Ambos sabemos que esto terminará pronto, que tendré lo que me quieras dar, el invierno a lo sumo… Estaré sin ti y tengo que acostumbrarme a eso.

—Lo sé, mi amor —dijo también con pena—. De mí vas a tener todo el invierno, quiero darte eso, necesito hacerlo por mí, además. No he podido sentirme culpable por lo que pasó porque ha sido muy especial para mí. Lo que estoy viviendo contigo quizás sea lo más

especial que voy a tener nunca en la vida, no puedo arrepentirme. Esa es la verdad.

Sus palabras me hicieron sonreír. Me dolía escucharlo, pero también me alegraba saber lo que yo y lo que habíamos vivido juntos significaba para él.

Él tenía su vida, tenía su esposa. Volvería a todo eso en poco tiempo y los dos íbamos a sufrir. Daba igual si uno más que el otro, no importaba si a uno se le hacía más llevadero que al otro, no iba a ser fácil despedirnos y decirnos adiós.

Yo no quería ni imaginar lo que iba a sufrir al verlo marchar.

Estuvimos un rato charlando, tomándonos algo. Paseamos por el centro comercial, compré algunas cosas y nos paramos, de camino a casa, a cenar en un restaurante.

Los dos sin poder tocarnos, solo diciéndonos las cosas con la mirada.

Acabamos en mi casa, en mi cama, sin poder dejar de tocarnos, de besarnos, de hacer el amor…

Quería que se quedara, pero esa noche le era imposible, tenía que ir temprano al médico con su madre. Se despidió de mí a regañadientes y se marchó, dejándome de nuevo en soledad, pero con una sonrisa en la cara por haber compartido otro momento íntimo con él, sintiéndome dichosa por ello.

Mi mente era otra cosa, no dejaba de decirme que todo eso era pasajero, que no iba a ser eterno, que tendría un final y cada vez que algunos de esos pensamientos se me pasaban por la mente, volvía a embargarme la tristeza.

Me tomé un té caliente y me obligué a dormir pensando que tenía que vivir cada instante que me quedaba con él y que en unas horas volvería a tenerlo cerca. Esperaría su llamada al día siguiente, esa que me había prometido hacerme antes de marcharse de mi casa.

Desperté a la mañana siguiente y lo primero que hice fue mirar el móvil, pero no tenía aún ningún mensaje de él. Estaría todavía ocupado.

Desayuné, hice las compras pertinentes y pasé el día en casa esperando a tener noticias de él y de cuándo nos veríamos. Por al hora que era, seguramente cenáramos juntos.

Pero la noche llegó y yo seguía sin tener noticias de él. Ni un mensaje, ni una llamada. Ya no solo era la tristeza que me producía

eso, es que también me sentía muy nerviosa por no saber nada de él.

Después de cenar, sola, decidí escribirle yo, tenía que saber que iba todo bien. Vi cómo leyó el mensaje, pero no me respondió. La tristeza se apoderó de mí y me dormí con las lágrimas saliendo de mis ojos cerrados, no entendía qué estaba pasando.

¿Ya se había acabado nuestra historia?

¿Ya no nos íbamos a ver más?

Esos fueron mis últimos pensamientos conscientes antes dormir.

A la mañana siguiente lo mismo, aún no sabía nada de él. Seguía triste, pero me vestí y me fui a desayunar a mi lugar favorito.

Y cual fue mi sorpresa cuando al llegar, vi que él estaba allí, sentado, desayunando con su madre. No sabía qué hacer, si acercarme o no, pero su madre me vio y se levantó a saludarme, muy cariñosa y muy feliz por verme. Intenté rechazar la invitación de ella a sentarme en la misma mesa, pero Javier insistió también, así que me senté a desayunar con ellos. No muy cómoda, no quería molestar o interrumpir y no quería, desde luego, que se me notara algo más que una amistad con Javier.

Charlamos un rato, desayunamos juntos y nos despedimos, esperando vernos de nuevo.

Me fui a casa rápidamente, necesitaba estar sola y soltar toda la tensión que tenía dentro. Necesitaba llorar y eso es lo que hice. Javier se había comportado educadamente, pero para mí bastante frío y eso me dolió. Sabía que tenía que guardar las apariencias, sobre todo delante de su madre, pero no era necesaria esa frialdad que tuvo hacia mí.

Esa tarde, aún con la pena, me fui de compras. Al día siguiente sería el día de Reyes y aunque lo pasara sola, iba a regalarme a mí misma. No iba a dejar de celebrarlo.

Pasear por esas calles iluminadas y llenas del espíritu navideño me ayudó a sentirme algo mejor. Cené algo por ahí y llegué a casas cargada de bolas y agotada, lista para irme a dormir.

Me desperté a la mañana siguiente y con mi taza de café ya en las manos, sentada en mi sofá, abrí los regalos que había envuelto para mí misma, llorando por los recuerdos y echando de menos a mi familia.

Me hice una foto y la subí a las redes sociales.

“Todo lo material no puede igualarse a regalarle la felicidad a

nuestro corazón.”

Ese fue el título que le puse a la foto, recibiendo un me encanta rápido de Javier, dejándome sin entender nada.

Lo que me quedaba de vacaciones se pasó rápidamente. Y no tuve más noticias de él, tenía que entender que lo nuestro ya se había terminado y tenía que sacarlo de mi cabeza.

Pero no era fácil, el dolor y, a veces, la rabia, complicaban mucho las cosas.

Y los recuerdos… Recordar los momentos que habíamos compartido juntos lo hacía todo más difícil. Así no podría borrarlo de mi mente.

Me prometió ese invierno y se fue sin explicaciones… No podía entenderlo y dolía demasiado.

Volví a llorar de pena, la tristeza me tenía así. Me limpié las mejillas cuando el móvil sonó y lo cogí, no tenía ganas de hablar con nadie, colgaría. Pero al ver que era mi hermana, no tuve más remedio que coger la llamada.

—Hola —respondí.

—No te alegres tanto de hablar conmigo…

—Perdona, no quise…

—No pasa nada. ¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por?

—¿Estás llorando?

—No, la alergia que me tiene muerta —mentí.

—La alergia en Enero…

—Sí… —no había quien se creyera eso, me había pillado.

—Llevo días esperando que me llames para saber cómo estás llevando estas fiestas, pero ya veo que si no te llamo yo…

—Es que estuve enferma, la gripe, no me di cuenta —con ella mentir no me serviría, pero tenía que intentarlo, porque como supiera la verdad, cogería un avión para venir a verme, darme tres buenas hostias y volverse de nuevo al otro lado del charco.

—¿Y ya estás mejor?

—Sí, mucho mejor… Me duele un poco la cabeza, pero nada más. Durmiendo se me pasa.

—Pues duerme esta noche que mañana trabajas —me recordó que me incorporaba al trabajo en unas horas, como si no lo supiera.

—Estaré bien.

—Aja… Te dejo descansar entonces, pero mañana me llamas para saber si estás mejor, no me dejes preocupada.

—Vale.

—Sonia… —insistió, no me creía.

—Sí, te prometo que te llamo.

—Está bien, mejórate, te quiero.

—Y yo a ti.

Joder, había salido bien de esa y no sabía cómo. Seguramente no me había creído, pero había dejado el interrogatorio para otro momento y yo se lo agradecía, no estaba para explicarle nada.

El día se me fue y ni cuenta me di. No había podido dejar de pensar en Javier, en nuestros momentos juntos y en que ya, sin una palabra más, se había acabado todo. Se había ido de mi vida. Tenía que superarlo, no podía estar más días como un alma en pena.

Me obligué a comer algo después de darme un baño y me acosté en la cama, tenía que dormir porque volvía a la rutina en unas horas.

Capítulo 8

Llegó el día en que regresaba a mi trabajo, se acabaron las vacaciones y eso me ayudaría a poder sobrellevar mejor la pena que sentía, así que esa mañana me levanté un poco más positiva con esa idea.

Llegué al trabajo con ganas, al ver a mi compañera Ana, salimos a tomar un café antes de comenzar las clases y así nos poníamos al día, no nos habíamos visto en todas las fiestas, teníamos mucho de lo que hablar.

—Si te contara mis Navidades… Te juro que esperaba de todo menos lo que he vivido —suspiré.

—Cuéntame qué te ha pasado, sabes que puedes confiar en mí —dijo con cariño.

—Me encontré con un viejo amigo, hacía muchos años que no lo veía y nos tomamos un café, desayunamos, nos contamos cómo nos iba la vida…

Y así empezó todo. Al saber que iba a celebrar la Nochebuena sola, se presentó en mi casa para acompañarme y después pasamos los últimos días del año en una cabaña a las afueras de la ciudad.

—Pero eso es bonito, no estuviste sola y se preocupó por ti, ¿por qué esa tristeza?

—Está casado. No vive aquí, vive en Suiza. Pero su mujer está fuera por trabajo y vino a pasar las fiestas con su familia, no quería estar allí solo.

—Es decir, que te has enamorado de un hombre casado, es eso, ¿no?

—Sí —torcí el gesto—. De verdad que los dos hemos intentado que entre nosotros no pasara nada, yo notaba cosas, pero me decía a mí misma que tenía que ser mi mente y el deseo de que él sintiera algo por mí. Pero no lo inventé. Él también estaba luchando con lo que ocurría entre nosotros, lo hizo hasta que no pudo más. Al final… Ya puedes imaginar. Pero siempre tuve claro que si ocurría algo, no

duraría. Como me dijo él, lo nuestro solo era un invierno.

—Estás sufriendo, se nota. Pero no pienses tanto. Si lo que te ofrece es un invierno y quieres vivirlo conociendo las consecuencias, hazlo. Porque es mejor el dolor por perderlo que el no haber vivido nada con él. Ya tendrás tiempo después para recuperarte.

—Eso pensé, por eso me dejé llevar sin importarme lo que iba a sufrir. Pero al volver de esa cabaña… Estuvimos juntos una noche en mi casa y desde entonces no sé de él. Ni me respondió al mensaje que le mandé preguntando si estaba bien. Me lo encontré de casualidad en una cafetería, estaba con su madre, desayuné con ellos y desaparecido de nuevo.

—¿Y si te ha vendido la moto y solo quería llevarte a la cama? Los hombres fingen lo que sea con tal de mojar, ya sabes…

—Lo he pensado alguna que otra vez —reconocí—. Pero con lo que he vivido con él… Él no me ha mentido, no ha mentido. Supongo que todo esto es por la culpa, le entraría el pánico al ver que entre nosotros había más, al pensar en su matrimonio.

—Pues vaya… No quiero verte sufrir y si tienes que intentar olvidarlo para sentirte mejor, hazlo. Pero cuídate, no quiero verte muriendo por amor.

—No sé por qué no habla conmigo, al menos me podía explicar lo que está pasando, ¿no? Le he demostrado ser una persona comprensiva y que no juzga y mira…

Acepté el abrazo de mi amiga cuando las lágrimas volvieron a mí. Ella me decía que dejara de pensar, que dejara que el tiempo pasara. Pero siempre es fácil decirle a otro lo que tiene que hacer si no lo estás sufriendo tú en carne propia.

Era yo quien lo echaba de menos.

Al menos, en mi trabajo todo estaba bien. Volver a la rutina no me había costado y ni cuenta me di de que el día se había terminado, era hora de volver a casa.

—Te estaba esperando —dijo Ana al verme salir.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que vamos a comer juntas —no preguntó, tiró de mi brazo después de entrelazarlo con el suyo. Sabía que no quería dejarme sola en un momento así para que no pensara demasiado.

—Como quieras —reí—. Pero no tengo mucha hambre. Pero te acepto la invitación y la charla que vendrá —reí de nuevo—. Solo si

me pones al día de lo tuyo, que no me contaste nada.

—Te cuento lo que quieras, pero es que es aburrido, todos los años lo mismo —resopló.

—Pero eso también tiene su gracia.

—No sé yo…

Entre risas, caminamos hasta un restaurante donde solíamos ir las dos juntas alguna que otra vez.

Y al entrar me quedé parada, no podía creer que me lo encontrara allí.

Allí estaba Javier y el camarero nos sentó en la mesa de al lado. Maldita mi suerte… O bendita, depende de cómo se mire.

Estaba con otro hombre, iba a decirle a mi amiga que era él cuando lo vi levantarse.

—Hola… —dijo acercándose a mi mesa.

—Javier…

Vi cómo mi amiga entendía rápidamente quién era, menos mal que supo disimular.

—¿Cómo estás? —me preguntó con tristeza, estaba también algo desaliñado y parecía que no dormía bien.

—Bien… —soné borde, pero no pude evitarlo.

—Me gusta oír eso —respondió, serio.

—Ha sido un placer verte, si nos disculpas, vamos a comer. Que te aproveche —le hice un gesto para que se marchara.

No sabía si estaba siendo demasiado dura, pero era como me nacía en ese momento.

—Así que ese es él —miré a mi amiga cuando habló.

—Sí… Joder, no sé por qué tuve que encontrármelo aquí y además con esa cara que parece que le han arrancado el alma y se muere de la pena. No entiendo nada, si es por mí… Él decidió alejarse sin una sola palabra, no yo.

—Aquí te ha hablado, podía responderte igualmente a los mensajes, no entiendo por qué no lo hizo. Yo es que no entiendo cuando la gente no cuenta las cosas que siente o lo que ocurre, ¿tan difícil es hacer eso? Es mejor que dejar a alguien con sus pensamientos y con todo lo que puede dar la imaginación de sí.

—No sé qué piensa o qué ocurre, Ana. No parece el mismo, le falta ese brillo en la mirada, esa ilusión. Te juro que la he visto estos días mientras estuvo a mi lado —suspiré—. En fin… Mejor hablemos

de ti, cambiemos el tema.

—Nada nuevo en mi vida. Estuve con mi familia, como siempre. Todos allí, en el pueblo. Hemos hecho excursiones, concursos… De todo lo imaginable para pasar ese tiempo y divertirnos. Y lo he hecho, no ha sido relax del todo pero sí un relax mental importante.

—Así llegas con energías —guiñé un ojo a mi amiga.

—Sí —sonrió ella y comenzó a contarme alguna que otra anécdota. Y yo solo podía estar pendiente a él, no me enteraba de la mitad de las cosas que me decía.

Cuando terminamos, me levanté para marcharme. El chico que acompañaba a Javier tenía que moverse para que yo pudiera pasar bien, como para irse una de incógnito…

Él se levantó igual que lo hacía su amigo.

—Hasta luego, Sonia —se despidió con tristeza.

Hasta luego…

—Adiós, Javier —ni siquiera lo miré, no lo merecía.

Salí a la calle y lloré, necesitaba hacerlo y menos mal que mi amiga estaba ahí para consolarme.

Me fui para casa cuando ella me dejó, viendo que ya estaba mucho más tranquila.

La vuelta a clase y el estrés de poner al día el trabajo de los días siguientes me ayudó a sobrellevar mejor el tema de Javier. Muchas veces no tenía tiempo ni para pensar en él hasta que llegaba la noche y, entonces, mi mente era un completo caos, sin dejarme ni dormir. Así andaba, con unas ojeras que ni un oso panda.

El jueves, al levantarme y mirarme en el espejo me dije que no podía seguir así. No sabía qué había ocurrido para que él ni siquiera me respondiera a un mensaje, para que hubiera desaparecido. Me quedaría recordando lo bonito que vivimos y se iba a acabar la tontería.

Yo tenía que seguir con mi vida como él tenía que seguir con la suya y volver a Suiza, al lado de su mujer. Aquel era su lugar y yo tenía que superarlo ya.

Me maquillé, me arreglé y salí de mi casa con ganas de una nueva etapa para mí.

Y funcionó, pasé el día mejor de lo que imaginaba.

Ese día salimos de tarde, teníamos una reunión. Al terminar, Ana y yo decidimos tomarnos un café juntas.

Tomamos asiento, pedimos al camarero…

—¿Cómo estás? —me preguntó cuando ya nos quedamos solas.

—Pues muy bien.

Me miró. Y me miró. No se lo creía.

—A mí puedes decirme la verdad.

—Esa es la verdad. Estoy bien, mucho mejor. Antes o después teníamos que decirnos adiós. Pues ya pasó, tengo que superarlo. Yo sabía lo que había, de nada me vale llorar ya. Lo nuestro fue lo que fue. No importa que haya sido antes o después, con razones o sin ella. Mi vida sigue, no se va a parar porque él se vaya.

—Así sí me gusta verte —rio—. Y si a eso que me acabas de soltar le añades una tarde de compra y de chicas… Mejor que mejor. Además, estamos en rebajas, hay que aprovechar, ¿qué te parece? Ya cenaremos algo por ahí.

—Me encanta la idea. Mientras lleguemos a tiempo al trabajo, como si nos vamos de copas —reí, haciéndola reír a ella.

Después del café, nos fuimos de compras. Lo pasamos muy bien, las dos disfrutando al máximo de quemar la tarjeta en ropa, esos momentos servían de terapia, sin duda.

Cenamos algo por ahí y llegué a casa reventada, con las manos repletas de bolsas pero con una sonrisa en la cara.

Esa era la clase de terapia que necesitaba, no me vendría mal repetirla de vez en cuando.

Duchada, ya en la cama, me sentía más relajada.

No iba a ser fácil olvidar a Javier ni superar lo que me estaba pasando, pero si había cosas que pudiera hacer para olvidar por un rato el dolor que sentía y maquillar la tristeza, lo haría.

Lo que había vivido con él, cada instante, cada toque, cada beso… Todo estaba grabado a fuego en mi memoria. Eso no lo iba a olvidar nunca, se quedaría siempre ahí. Pero tenía que empezar a entender que lo nuestro era temporal y que ya había llegado a su fin.

Con esos pensamientos, conseguí dormir mejor esa noche.

Capítulo 9

Se acababa la semana, el último día de trabajo y yo me desperté pensando que tenía que hacer algo más que quedarme en casa pasándolo mal por lo que había ocurrido con Javier, tenía que superarlo.

Pero eso era muy fácil decirlo, la realidad era otra. Una cosa era la actitud y el saber que tenía que seguir adelante y otra lidiar con los bajones, con esos momentos de tristeza que, inevitablemente, se adueñaban de mí cada cierto tiempo y la lucha constante para mantenerlo en un segundo plano, repitiéndome una y otra vez que las cosas eran como eran, que el final estaba escrito y que mi vida no se paraba por ello.

Mientras iba al trabajo, se me ocurrió que podía hacer un pequeño viaje ese fin de semana. Coger el coche, escaparme a cualquier lugar no muy lejano y hacer un poco de turismo y, cómo no, relajarme. Porque en casa, encerrada mientras no dejaba de pensar, así no podía estar.

Pasé la mañana bien, el día estuvo tranquilo en las clases y al salir, ya decidida a ir a casa, prepara una maleta y coger mi coche para irme a algún lugar, a la aventura, me quedé completamente en blanco cuando me encontré con él.

Estaba en la puerta del instituto, parado, con sus manos en el bolsillo. ¿Esperándome?

—Sonia… —dijo con tristeza —Hola.

—Hola —soné borde de nuevo, pero era como me nacía.

Lo que sentía por dentro era muy distinto, solo quería tocarlo, lanzarme a sus brazos, pero…

—Me gustaría hablar contigo, si me lo permites. Podemos comer juntos… —propuso.

—Hoy no puedo, ya, si eso, en otro momento. Tengo que ir a por mi maleta.

—¿Te vas de viaje? —preguntó sorprendido.

—Sí —obviamente…

—¿Adónde? Si puedo saberlo… —vi el dolor en su mirada.

—No lo sé, la verdad —fui sincera—. Necesito irme, que me dé el aire. Adonde me lleve el viento… A la vuelta quizás podamos charlar —seguía siendo cortante con él.

—Y esto… ¿Te vas sola?

—Claro que voy sola. No necesito a nadie para irme de viaje, solo mis ganas de hacerlo. ¿Qué mejor compañía que uno mismo?

—Por favor, déjame ir contigo. Te juro que no te molestaré, pero llévame. Así podremos hablar, es lo único que necesito.

—No me lo puedo creer… Te fuiste sin decirme nada, sin explicaciones, no me respondiste a un simple mensaje y ahora vienes a pedirme pasar el fin de semana conmigo. No puedes hacerme esto… No entiendo para qué, Javier.

—Sé que es injusto, pero tengo que explicarte, necesito que me escuches. Lo hice mal y tengo que darte las explicaciones, quizás así entiendas por qué.

—Pues ya me explicarás a mi vuelta, no es necesario que te lleve conmigo a ningún lado.

—Por favor… No perdamos el poco tiempo que tenemos para estar cerca, solo será un invierno. Llévame y dame la oportunidad de explicarte.

—Tú eres el que se cargó esto. Tú terminaste antes de tiempo con lo que íbamos a vivir. No yo. Me echaste de tu vida sin ni siquiera una explicación.

—Me pongo de rodillas si es necesario, pero por favor, déjame ir contigo.

—¿Para qué? Para hablar podemos hacerlo a mi vuelta, no tenemos que pasar el fin de semanas pegados.

—Está bien, no te lo pediré más. Pero que me voy contigo, me voy — ¿ahora enfadado? Yo estaba flipando.

—No, no lo harás. Las cosas no son siempre como tú ordenes.

—Dije que voy y voy. Punto. No le daremos más vueltas.

—No vendrás, no me seguirás porque te juro que soy capaz de llamar a la policía.

—Hazlo, me da igual, pero a mí nadie va a quitarme fácilmente de tu lado —se encogió de hombros. Y yo sabía que no estaba bromeando, lo veía en su cara.

—No te entiendo, Javier. No entiendo qué quieres de mí. Vuelve a tu vida, vuelve con tu esposa. Deja lo que pasó y lo que pudo ser en el pasado. El estar cerca… ¿Para qué seguir ya en mi vida si te volverás a ir?

—Porque tú eres parte de la mía, ¿es que no lo ves?

—Sí, pero solo por un invierno. Después adiós y muy buenas, una patada en el culo y ahí te quedas, fuera de mi vida… —suspiré y comencé a andar, negando con la cabeza, sabiendo que él seguía mis pasos— Así es como yo soy parte de tu vida.

—Nunca te engañé, aceptaste que fuera así.

—Sí, ¿y? No por ello puedes dejarme y volver como te venga en gana. Ahora me quieres en tu vida, mañana no, pasado sí…

—Estás en ella, Sonia.

—No, mejor no. Ya me salgo yo…

—No lo harás, pero vamos por el equipaje, tenemos el fin de semana para hablar de todo.

—Hablarás solo porque conmigo no te vienes y no voy a repetirlo más.

—Ya te dije que iré. Que no me voy a quedar lejos de ti y no hay nada más que hablar. No voy a perder el tiempo que puedo pasar junto a ti.

—Me estás tocando los ovarios… No puedes hacer lo que te venga en gana. Mira, yo también podría. No dejar que volvieras a tu vida, ir a buscarte porque te quiero en mi vida. Y tan fácil, sin importarme el daño que te pueda hacer. Corres ese riesgo, porque te juro que como se te ocurra venirte conmigo, lo haré. Iré allí y te buscaré y no me importará nada, así que tú verás… —dije para ver si así se le quitaba la tontería.

—Te dije que voy, sea como sea —cabezón era.

—Pues nada, después no llores cuando me plante allí y tu vida se vaya a la mierda porque no tendré consideración —suspiré—. Ya está bien, Javier, deja la tontería, ni yo haría eso ni tú vas a venir conmigo.

—Iré porque tienes que escucharme.

—Te dije que lo haré, pero cuando vuelva. Y punto.

—Que no, que lo harás este fin de semana porque me voy contigo.

—Joder… Estoy a punto de ponerme a chillar como una loca. No saques mi lado hijo de puta, por favor, porque vas a asustarte.

—Por mí como si te conviertes en el demonio, que me voy

contigo.

—Oh, mi Dios…

Iba a ponerme a chillar de verdad, me estaba sacando de mis casillas. Y lo peor es que yo me estaba sacando a mí misma también porque muy dentro de mí, el que insistiera en estar conmigo hasta me gustaba. Si es que no se podía ser más idiota. Pero por más ganas que tuviera de pasar ese tiempo con él, no iba a aceptar así, por las buenas, como si todo se lo diera fácil.

Abrí la puerta de mi casa y no pude más que sonreír, sin que él me viera, cuando entró rápidamente, antes, incluso, que yo. Fui a la cocina y preparé algo de comer, un sándwich para cada uno, una era educada… Los puse encima de la mesa, sin decir nada y me senté a comer. Él hizo lo mismo.

Terminé, en silencio y entré en mi dormitorio, tenía que preparar la maleta para irme. Salí con ella ya lista, él estaba esperándome en la puerta del salón, apoyado en la pared.

—Nos pasamos, preparo la mía y ya nos vamos —dijo con tono firme.

De verdad, estaba con ganas de reírme, pero supe aguantarlo bien. Me lo veía viniendo conmigo incluso sin ropa.

—Yo te dejo en tu casa…

—Va a ser que no me dejas. Vienes conmigo a mi casa, subes a mi casa, te esperas que haga la meta y sales conmigo de mi casa. Y me das, cuando aparques, las llaves de tu coche, por si acaso.

—Se te va la cabeza… Haz lo que quieras. ¿Quieres venirte? Vente —dije desesperada.

Abrí la puerta de mi casa y salimos y tuvo que hacerse como él quiso. Aparqué el coche cerca de donde vivía, le di las llaves y los dos juntos fuimos para que preparara su equipaje.

Yo, además de desquiciada, estaba a punto de descojonarme.

No tardamos mucho en estar de nuevo en el coche en dirección a… No tenía ni idea de adónde ir, pero ya llegaría a algún lugar. Conduje, pensando por dónde coger y al final acabé yendo hasta un camping que no estaba demasiado lejos que tenía unas preciosas cabañas para alquilar. Paré, pregunté y sonreí por tener suerte de que tuvieran una libre sin haberla alquilado previamente.

La cabaña era preciosa, la verdad. Dejamos las maletas, deshicimos el equipaje y decidimos tomar un café antes de ir al

supermercado a por comida para esos días.

Estaba con mi café en la mano en un pequeño bar cercano, cuando por fin dijo algo.

—Tengo que explicarte muchas cosas…

—Sí, sí que tienes. Pero es que no quiero oír nada ahora —dije bordemente.

—Sonia…

—Quería pasar el fin de semana de turismo o relajada, he venido aquí buscando esa tranquilidad, no quiero oír cosas que me pongan peor, no estos días —fui muy clara.

Y falsa también porque estaba deseando de que me explicara todo, pero no se iba a hacer las cosas como 'le quisiera y en el momento que él quisiera, que una también tenía orgullo.

No le gustó lo que le dije, se lo noté en la cara. ¿Qué pensaba? ¿Qué se lo pondría todo fácil? Ni de broma.

Él podía ser cabezota, pero yo lo era aún más.

Me tomé mi café y me levanté, dejándolo allí. O esa era mi intención, porque había llegado a la puerta antes que yo. Supuse que tiró las monedas en la mesa o a saber…

Tenía ganas de reírme y también me daba pena ver lo desesperado que estaba, pero es que yo estaba dolida y mi orgullo superaba todo eso.

Compramos comida en el supermercado, la guardamos al llegar a la cabaña y tomé una ducha, quería relajarme de una vez.

—Me da miedo ducharme —dijo al verme salir.

—¿Por qué?

—No sé si seguirás aquí cuando salga. ¿Me puedo fiar de ti?

—Pues ya eso es cosa tuya, no puedo decirte si tienes que confiar en mí o no.

—Eres capaz de irte, te conozco… Y dejarme aquí tirado.

—Cree el ladrón que todos son de su condición.

—Esa ha ido a hacer daño, ¿no? Venga, mi amor… Prométeme…

—Ni te prometo ni quiero que me llames así porque no soy eso para ti, no lo fui. Pero si quieres llamarme… No sé, ¿distracción?

—No seas injusta, eso no es así —dijo dolido.

—Lo es, Javier. Y lo demostraste cuando te fuiste sin explicarme nada.

—Pero lo haré ahora.

—Ahora no quiero oírlo.

—Pero lo oirás —cabezón…

—Claro que sí… —dije con ironía— Puedes ducharte, no iré a ningún lado, te recuerdo que soy yo la que organizó mi escapada y la que busca tranquilidad. Si es que puedo…

Suspiró y fue a ducharse. Puse los ojos en blanco al verlo entrar en el baño y fui hacia la cocina para preparar la cena.

Yo iba a relajarme… Una mierda. Con él cerca, lo último que iba a hacer era relajarme. Estaría en tensión en todo momento, estaría siempre con ganas de tocarlo, de sentirlo y luchando conmigo misma para no hacerlo.

Se había portado muy mal conmigo, me había dejado sola, sin una palara, sin una respuesta. Me había dolido y aún me dolía mucho cómo se había comportado conmigo. Y ahora quería que las cosas se hicieran como él quería.

Otra mierda, esta vez muy gorda, para él.

Emplaté la cena y me di cuenta de que estaba apoyado en la puerta de la cocina, mirándome. No sabía el tiempo que llevaría ahí, ni lo había notado.

Cogí mi plato, mi copa de vino y me dirigí al sofá sin decirle nada.

Apareció poco después con su cena y su vino y se sentó a mi lado, dejó las cosas en la pequeña mesita baja y suspiró.

Yo tenía también ganas de suspirar, pero por lo que me costaba tenerlo cerca y no poder tocarlo, no poder demostrarle lo que sentía por él.

—Si quieres, puedes tumbarte, apoyar la cabeza en mí, como te gusta estar, cómoda…

—Déjalo —reí con ironía—. También podemos follar y cuando lo hagamos dos o tres veces, desapareces de nuevo porque vuelves a conseguir lo único que querías de mí.

—No hables así, no seas injusta porque no eres sexo para mí.

—Yo la injusta… Tú me dejaste y de esa manera.

—Lo hice, pero te estoy rogando para que me des la oportunidad de explicarme.

—No quiero respuestas ya, Javier.

—Sí las quieres. Como quieres que te toque, como quieres tocarme… Porque sientes lo mismo que yo, reconócelo.

—Joder, qué ego… Ni que fueras irresistible.

—No lo soy, pero me amas —lo miré rápidamente a los ojos, había sonado hasta orgulloso.

—¿Cuándo dije eso?

—No necesitas decirlo, te conozco. No serías así, tan entregada, con alguien a quien no amaras. No podrías.

Pues sí, parecía que me conocía mejor de lo que yo pensaba.

—Te amo un montón, sí, tanto como tú a mí —el sarcasmo en mi voz, en ese momento el dolor se apoderaba, de nuevo, de mí.

Di gracias a Dios porque me entrara una llamada en ese momento, porque no quería escuchar una negativa o una excusa de sus labios o, peor aún, una mentira.

—¿Diga?

—Preciosa… —dijo mi amiga Ana al otro lado— ¿Ya llegaste? ¿Dónde llegaste? Sigo esperando el mensaje que me ibas a mandar con todo explicado —me riñó.

Me levanté del sofá y salí para poder hablar mejor con ella, con más intimidad, no con Javier pendiente a todo.

Le dije dónde estaba y que me iba a venir bien relajarme ese fin de semana.

—¿Y estás sola? —preguntó ella.

—Sí, ¿por qué? ¿Tiene algo de malo?

—No, pero que es raro, reconoce eso. Una cosa es relax y otra aburrirte. En una cabaña, sola… Me hubiera gustado ir, pero con lo de mi familia este fin de semana… —ya me había explicado esa mañana que tenía planes que no podía evitar—. A ver si es que eres masoquista.

—Un poco sí, si supieras….

—¿Si supiera qué?

—Nada, cosas mías, olvídalo.

—No, ahora no me dejas con la duda ¿Qué es lo que no me estás contando?

—¿Va todo bien? —me giré cuando Javier habló, había salido a buscarme. Joder, seguro que mi amiga lo había escuchado.

—¿Estás con Javier? —preguntó ella confirmándome que lo había oído.

—No es lo que parece, ya te contaré… —con un gesto de la mano, le pedí a Javier que me dejara sola, pero me ignoró y se puso a mi

lado. Resoplé, tenía ganas de matarlo.

—Sonia, estás loca —dijo mi amiga.

—Sí… Te cuento al llegar.

—Y tanto que me cuentas. En fin… Disfruta del fin de semana, pero de verdad. No pienses y haz todo lo que desees, ya sabes… —sí que sabía, por ella perdonaría a Javier y me pegaría a él cual lapa. Iba a ser que no.

—Claro que sí —la ironía en mi voz—. También te quiero.

Colgué la llamada y suspiré.

—Daría todo lo que tengo porque me dijeras esas palabras a mí —susurró mirándome.

Vi la tristeza y el anhelo en su mirada y rogué para que no notara lo mismo en la mía. Levantó su mano y acarició mi rostro, pero yo me moví para que no me tocara más.

Entré en la cabaña, me senté en el sofá y me puse a cenar, intentando relajar mi cuerpo de su roce.

No hablamos, no dijimos nada, pero tampoco era necesario. Nuestras miradas lo decían todo.

Y él, en la mía, solo podía ver dolor por lo que me había hecho.

Recogí las cosas, fregué y me acosté en la cama. Quería dormir, descansar, así que me puse música con mis auriculares y cerré los ojos, decidida a no pensar en él.

Cuando me desperté, me quedé sin saber cómo era posible que estuviera sobre su pecho y que él me tuviera abrazada. Fui a moverme cuando me apretó contra él.

—No te muevas… Por favor, quédate así, al menos un poco más, me encanta tenerte cerca —dijo con anhelo, el sueño aún en el tono de su voz.

—Javier…

—Por favor… Aún es pronto, podemos quedarnos un poco más en la cama. No es nada malo estar así.

Suspiré, lo peor era que a mí también me encantaba estar así. Me quedé quieta, sobre su pecho.

Cerré los ojos, dispuesta a descansar un rato más. Cuando desperté de nuevo, ya él no estaba en la cama, pero el olor a café me llegaba, me levanté y fui hacia la cocina. Estaba allí, llenando dos tazas.

—Buenos días —dijo al verme—. Quería llevártelo a la cama —

sonrió y me ofreció mi taza.

—No es necesario —la cogí y fui a sentarme en el sofá no tardó mucho en sentarse a mi lado, con su taza de café en sus manos.

—Sonia… Quería pedirte que, por favor, estos días me dejes estar como un amigo, aunque sea eso, déjame disfrutar así de ti, no te pido más.

—¿Crees que un amigo haría lo que tú me hiciste?

—No, no lo haría… Me estoy muriendo sin ti, esa es la verdad.

No podía ceder, tenía que seguir en mi rol de mujer de hielo.

—Tengo ganas de tomar el aire… —dije, tenía que salir de allí.

—Pues vamos, ¿preparamos algo de comer y almorzamos fuera, al aire libre? ¿Como un picnic?

—Vale —accedí.

—Pues no te preocupes, yo lo preparo. Tú disfruta del café y arréglate, sin prisas.

Se fue hacia la cocina y me quedé allí, tomando mi café. Un poco más tarde, me vestí y salimos de la cabaña, con la comida preparada y listos para pasar un día al aire libre.

El sol nos acompañaba y daba vida. Caminamos un buen rato, disfrutando de la belleza del paisaje. Los dos en silencio, solo en compañía.

Un rato más tarde, nos sentamos en el borde de un riachuelo que encontramos, preparamos una taza de té para cada uno y nos lo tomamos mientras disfrutábamos de la naturaleza.

Me costaba mucho tenerlo cerca y ser así, fría. No poder tocarlo, no poder besarlo, no poder dar rienda suelta a mis sentimientos. Estaba dolida y mi orgullo herido.

Ni siquiera era capaz de dejar que me explicase, no quería oírlo, por más ganas que tuviera.

Me quité los zapatos y metí los pies en el agua, ignorando que me dijera que podía refriarme, me daba igual. Al final, al ver mi pasotismo, terminó haciendo lo mismo que yo.

—¿Nunca me vas a perdonar? —susurró.

Noté el dolor en su pregunta y el miedo y lo miré a los ojos.

—Javier, yo no tengo que perdonarte nada…

—¿Me dejarás explicarte qué pasó?

—No, ¿para qué? ¿Para oír otra mentira más?

—¿Otra? No te mentí nunca, Sonia. Lo sabes.

—Me dijiste que me llamarías, que volverías. No lo hiciste. ¿Eso no es una mentira?

—Tuve razones para ello.

—¿No querer tenerme ya cerca, por ejemplo?

—No digas estupideces, por favor —sonaba enfadado, pero me daba igual—. No hables así, no tienes idea de lo que estás diciendo.

—Me da igual… Te repito que ya no me interesa.

—Yo te quiero, Sonia —dijo desesperado.

Cómo me habría gustado escuchar eso antes…

—Sí, me quieres para follar un par de veces y listo. Mientras no esté tu mujer… —joder, me recriminé mentalmente por ese golpe bajo.

—Sabías la verdad desde el principio, no te oculté nada.

—Sí, no tenemos que hablar de ello otra vez.

—Tienes que escucharme, por favor. Solo eso… Después haz lo que quieras, yo sé que no puedo pedirte nada, pero al menos escúchame.

Cogió mis manos y las apretó, me rogaba con la mirada.

—Está bien —claudiqué, tenía ganas de terminar ya con todo eso —. Habla.

—Te quiero. Te quiero más de lo que te puedes imaginar. Te amo, Sonia… Cuando vi lo que estaba pasando, lo que sentía por ti, me asusté. Entré en pánico y salí corriendo, porque no sabía qué hacer. Solo que tenía que alejarme de ti. No sabía si mis sentimientos eran esos, estaba hecho un lío y me asusté. ¿Y si me estaba engañando y no era tanto como yo pensaba? A lo mejor lo había magnificado todo. Pero no… No… Todo este tiempo te he tenido en mi mente a cada instante, no te ibas de ahí. No podía borrarte, era desesperante y eso me asustó aún más. Tenías mi mente, pero también tenías mi corazón. El pánico era insoportable. Me alejé, pero de nada sirvió, sigues aquí —señaló su cabeza— y aquí —señaló su corazón—. El invierno se acabará y yo volveré a mi vida. Lo nuestro se terminará, tenía fecha de caducidad, ambos lo sabíamos. Pero al menos dame este invierno, soy yo quien te lo ruega. No podría estar sin ti, no puedo saberte cerca y no poder tocarte o besarte. Te deseo como nunca he deseado a nadie en mi vida y estar lejos es el peor castigo del mundo para mí. Cuando me vaya… Ten por seguro que seguirás en mi mente y en mi corazón, nunca podré sacarte de ahí porque lo que siento por ti… No tengo

derecho a pedirte nada, pero no nos quites este invierno, no me quites la oportunidad de ser feliz. Eres todo para mí, lo serás todo el invierno y yo quiero serlo para ti.

Me quedé completamente alucinada con todo lo que me había soltado en un momento y no supe ni qué decir.

—Yo quiero y necesito pensar, por favor… Déjame hacerlo.

Y así estuvimos lo que restaba de día, él en silencio, a mi lado, respetando que yo no quisiera hablar. La noche igual…

Los dos dormidos en la misma cama, pero no abrazados, no hablamos, solo estábamos ahí los dos.

A la mañana siguiente volvimos de nuevo a la ciudad, lo dejé en la puerta de su casa y no respondí a su "Te quiero", me dolía oírlo.

Volví a mi casa, sin saber, ni siquiera, qué pensar.

Capítulo 10

El retumbar de los truenos me despertó, aún quedaba más de una hora para que mi despertador sonara, pero decidí levantarme y tomarme un café mientras disfrutaba de ese momento de relax antes de irme a trabajar.

Aún seguía con las palabras de Javier en la mente, no podía quitármelas.

Habíamos estado ese fin de semana juntos y tenía la sensación de que habíamos perdido ese tiempo, pero era así como debía de ser.

No podía dejarme llevar por mucho que deseara hacerlo, por mucho que deseara tocarlo, abrazarlo, besarlo…

Él no podía jugar conmigo y tenía que verlo.

Como él decía, fue un cobarde, tenía que haber enfrentado sus sentimientos y no haber desaparecido así, haciéndome daño de esa manera.

Aún con todo eso, quería tenerlo junto a mí, para qué iba a mentirme a mí misma, eso no había cambiado.

¿Había sido muy dura con él? Esa pregunta no era la primera vez que me la hacía. Había actuado como había sentido en cada momento, haciendo lo que pensé que tenía que hacer. Tal vez ya no insistiría mal, tal vez sí terminé con una oportunidad de que pasáramos el invierno juntos, y él se aburrió de rogarme y…

¿Pero qué mierda estaba pensando? Él fue el culpable, no yo.

Suspiré, agobiada. Estaba volviéndome loca y sin saber qué era lo que tenía que hacer.

Cuando salí de casa, ya me había tomado tres cafés, a ese paso, la clase iba a ser movidita porque estaba más que nerviosa.

En uno de los descansos, a media mañana, me sonó el móvil y enarqué las cejas al ver que era un mensaje de Javier.

“Te espero a la salida del trabajo, podemos comer algo fuera, donde te apetezca.”

No pude evitar sonreír, pero iba a seguir borde. El orgullo…

“Tengo cosas que hacer y estoy cansada, ya, si eso, otro día nos vemos.”

No tardó mucho en responderme.

“Creo que no lo has entendido, no es una propuesta ni una pregunta. Es una afirmación. Nos vemos a las dos y comemos juntos.”

Resoplé pero terminé riendo. Me hacía gracia cuando se ponía en ese plan, no podía evitarlo. En fin… Me tocaba seguir con mis clases.

A la salida, como ya sabía, estaba él, esperándome. Con sus manos en los bolsillos y sonriendo, parecía más animado que esos días atrás.

—Hola, preciosa. ¿Ya sabes dónde quieres comer? —me dio un beso en la frente y siguió sonriendo.

—En casa, es que estoy cansada —que no se lo pondría fácil y punto.

—Bueno, no me parece mal. Pues a tu casa nos vamos —me hizo un gesto de la mano para que caminase.

—¿Vamos? Yo me refería a mí, no a los dos… —resoplé.

—No voy a obligarte, Sonia. Te acompaño a tu casa y si cuando estemos allí quieres invitarme, entonces entraré, no lo haré sin tu permiso —vaya, eso sí que no me lo esperaba—. Yo vendré cada día a buscarte aquí cuando termines de trabajar y seguiré pidiéndote que te quedes cerca de mí.

—Pero solo durante el invierno, después adiós y que me den — comencé a caminar.

—Es lo que puedo… Solo me llevaré el tiempo que estemos juntos y quiero aprovecharlo al máximo.

Caminamos y llegamos a mi casa. Entré y vi cómo se quedaba en la puerta. Llegué al salón y grité.

—¡Pasa!

—Gracias… —dijo cuando nos encontramos en el pasillo.

Fui a la cocina y me puse a calentar la pasta que tenía hecha, serví, mientras, una copa de vino para cada uno.

Cuando nos sentamos a comer, empezó a hablar.

—Estás en tu derecho de actuar así, me lo merezco. Pero echo de menos lo bien que nos llevamos, la alegría que había entre nosotros. No puedo darte ni lo que quieres ni lo que quiero darte, pero al menos créeme cuando te digo que te daré todo mientras esté aquí, no te fallaré otra vez.

—Y luego te irás, otra vez.

—Sí, luego me iré. Mi vida está allí, mi esposa también. Ella no tiene culpa de lo que sentimos tú y yo. Yo… Sabes que tengo que volver, Sonia.

—Lo sé, y por eso mismo no sé por qué insistes en estar conmigo, Javier, de todas formas se va a acabar, pues mejor dejarlo ya como está.

—No, mejor no es. Lo que siento por ti es profundo, es muy fuerte. Me duele en el alma tener que irme, morirá una parte de mí que siempre se quedará contigo. Sabiendo eso, no puedo dejar de necesitar que el poco tiempo que nos queda, lo pasemos juntos, porque voy a tener que vivir con solo esos recuerdos, me van a tener que durar toda la vida, ¿cómo no voy a querer atesorar todo lo que pueda? Es lo que siento, Sonia, pero es tu decisión quedarte conmigo o no.

—A ver, Javier… —cogí aire— Yo sabía de más tu situación y cuando empecé contigo, sabía que tendría un final. Que todo se acabaría. Jugué con fuego y me quemé, como te ha pasado a ti. Lo que siento por ti también es muy fuerte, quise, desde el principio, pasar aunque fuera un solo invierno contigo. Lo haré, pero si desapareces otra vez, por favor, no se te ocurra volver porque no querré volver a verte.

Claudiqué porque mis sentimientos ya eran más fuertes que todo eso. También me moría por tenerlo cerca, por tocarlo, por sentirlo.

—No te voy a fallar, no lo haré de nuevo, te lo prometo. Confía en mí —me abrazó y yo hice lo mismo, sintiéndome feliz de tenerlo así, aunque fuera por poco tiempo.

Acabamos en el sofá, comiéndonos a besos. Creí, sabía que eran ciertos sus sentimientos hacia mí.

Se quedó a dormir esa noche e hicimos el amor un par de veces.

Desperté en mi cama al día siguiente y él no estaba ahí, fui hacia la cocina y me lo encontré haciendo unas tostadas, el café ya preparado. Me saludó con una gran sonrisa en los labios, la misma con la que le respondí yo.

Me acompañó al trabajo, fuimos dando un paseo y quedamos en vernos a mi salida, allí mismo.

Eso se convirtió en una rutina para los días siguientes. Menos el viernes.

Cuando lo vi a la salida del trabajo, estaba especialmente contento. No me quiso decir por qué, pero lo descubrí cuando abrí la puerta de mi casa y entré. El pasillo estaba lleno de pétalos de rosas rojas y blancas. Seguí el camino que me señalaban y me llevaban al salón y me encontré allí varios ramos de rosas. Temblando y sabiendo que lo tenía detrás de mí, cogí la nota y la leí.

"Una rosa por cada día que vamos a pasar juntos. Gracias por quedarte conmigo este invierno. Te amo, Sonia."

Ahí ya no pude contenerme ya, lloré sin controlar los espasmos. Me abracé a él y dejé que me consolara mientras reía, diciéndome que no buscaba hacerme llorar.

Por la tarde, mientras tomábamos el café, me dio una pequeña caja y a mí me temblaban las manos mientras la abría. Me quedé con la boca abierta cuando vi que dentro había una alianza.

"Un invierno de amor."

Eso era lo que tenía grabado.

Si lloré con las flores, no os podéis imaginar con el anillo. Me puso la alianza y prometí ni quitármela nunca, no me importaba lo que pasase, no me importaba si estaba con nadie más, esa alianza iba a ser siempre parte de mí, de mi amor. Del amor de mi vida.

Y de postre…

Una tarta que tenía en el frigorífico, en ella se podía leer "Te amo."

Yo no dejaba de llorar, cada vez más, con cada detalle más lágrimas.

Acabamos en la cama, amándonos como necesitábamos, repitiéndonos de nuevo lo que éramos el uno para el otro.

A la mañana siguiente, me ofreció salir con el coche y pasar el día donde no nos conocieran. Decidimos pasar el fin de semana allí, buscamos un hotel para pasar la noche en la ciudad más cercana y salimos, con ya las pequeñas maletas listas.

No tardamos mucho en llegar y en dejar las maletas en la habitación.

Todo era muy diferente allí.

Paseábamos abrazados o de la mano, él no dejaba de demostrarme lo que sentía por mí en ningún momento. Me sentía feliz, era perfecto. Él era el hombre perfecto.

Pero sabía, siempre tenía en mente que todo eso duraría poco y

me dejaba una sensación agridulce. Ojalá nunca se acabase…

Paramos a comer en un restaurante, su mano, todo el tiempo, entrelazada a la mía, lo que me hacía mucha gracia.

—Te voy a echar mucho de menos cuando me vaya, Sonia.

—Tienes a Elizabeth, será más fácil… —me dolía decirlo, pero era verdad.

—No tiene nada que ver, hablo de nosotros. No sé cómo voy a poder estar sin ti.

—Para mí será peor, Javier. Te irás y me quedaré sola y destrozada —la tristeza en mi voz.

—Tienes que recordar lo nuestro como algo bonito y único, tienes que lograr sanar, sé que lo harás. No lo veas como algo dañino, lo nuestro será siempre demasiado especial.

—Lo sé, pero no me será fácil, lo que siento por ti es muy fuerte, aún estás aquí y me duele el simple hecho de pensar que te irás.

—Nos veremos, seguro que volveremos a vernos. La vida nos va a regalar eso. Y aunque ya todo sea diferente, espero que el día que nos volvamos a encontrar, estés con una sonrisa en los labios y que tus ojos muestren felicidad.

—No sé si quiero verte de nuevo. Porque te veré con ella y me hace daño el simple hecho de imaginarlo. Dejemos el tema, me duele. Disfrutemos del tiempo que nos queda juntos, por favor.

Acabamos cenando fuera. Fuimos al hotel, tomamos una ducha y decidimos salir de copas a un pub con música que nos había comentado el recepcionista cuando le preguntamos dónde podíamos bailar por allí.

Estábamos en la pista de baile, ya con alcohol en el cuerpo. Javier pegó mi cuerpo al suyo y me habló al oído.

—Joder, si lo llego a saber, no te dejo salir así vestida.

Pues mi vestido era precioso, la verdad, provocativo, pero me quedaba de escándalo.

—Pues no entiendo por qué. A mí nadie me dice qué ponerme o qué no ponerme —dije algo borde.

—No es por eso —resopló—. ¿Nos vamos ya?

—¿Ya quieres irte? —me respondió con su gesto, cuando con su mano cogió la mía y la colocó sobre su erección.

—Mira cómo me tienes… —gimió.

Me tuve que reír y me encantó saber que estaba así.

—Pero es que acabamos de llegar —le recordé, ni una hora llevábamos allí.

—Eso me da igual. Yo quiero tener en la cama del hotel, desnuda y hacerte repetir mi nombre entre gemidos una y otra vez… Toda la noche.

—Una copa más y nos vamos —dije cuando carraspeé porque escuchar eso con ese tono de voz me había puesto más que cardíaca.

Pero no solo fue una copa, nos quedamos un poco más cuando me comprobé, otra vez, lo bien que bailaba, estaba disfrutando de lo lindo.

—A ver si me cuentas desde cuándo eres un experto bailarín —dije.

—No lo haré —rio.

—Pero ¿por qué? —puse cara de pena.

—Porque no quiero.

—No hay quien te aguante…

—Y así me quieres —me guiñó el ojo antes de pegar nuestros cuerpos y devorar mi boca.

Ese beso terminó convirtiéndose en mucho más, haciéndonos irnos rápidamente al hotel.

Dentro del ascensor, no podíamos dejar de tocarnos. No recuerdo ni cómo entramos en la habitación, solo que lo tenía ya encima de mí, en la cama.

—Todo fuera —dijo mientras me despojaba de mi ropa, sin perder ni un segundo más, dejándome completamente desnuda. Después fue mi turno con él.

Nuestros cuerpos pegados, deseando estar uno dentro del otro y nuestras bocas devorándose como si no hubiera un mañana. Los labios ya magullados, nuestras manos desesperadas por tocar el cuerpo del otro.

Bajé mi mano y toqué su erección, estaba deseosa de sentirla. Lo escuché gemir y quejarse.

—No, amor, no toques mucho o acabaremos pronto… —gimió.

Lo hice tumbarse sobre su espalda y me coloqué entre sus piernas abiertas, con mi mano en su erección, la acaricié un poco mientras lamía mis labios, deseando que mi lengua estuviera en otro sitio.

—No lo hagas porque no aguantaré —me advirtió.

Sonreí, una sonrisa pícara y me agaché lentamente hasta meterme

su miembro en la boca, feliz por el gemido ronco que salió de su garganta.

Ese solo fue el inicio del primer orgasmo de cada uno. La noche era joven.

Y la aprovechamos al máximo, tanto que a la mañana siguiente no queríamos movernos de la cama, estábamos cansados. Pero nos quedaba poco para estar allí y queríamos disfrutarlo al máximo.

Y lo hicimos, volvimos a casa con la sensación de haber aprovechado ese fin de semana juntos.

Capítulo 11

La semana la comenzamos juntos. No empecé con buen pie porque un alumno me sacó de mis casillas, cosas de la edad. Se suponía que yo era la adulta, pero también tenía un límite de aguante.

Javier me esperaba ese día a la salida y eso me animaba, pero al verlo noté que algo no iba bien. Estaba como triste, cabizbajo, extraño.

Por lo que me contó por el camino, había discutido con su mujer. Ella no estaba de acuerdo en que pasara todo el invierno en España y le pedía que volviera y que reincorporara al trabajo, olvidando el tiempo que se había tomado, pero él seguía negándose.

Intenté que olvidara todo y que se animara, pero no mejoraba la cosa, la pelea con su esposa le había afectado demasiado.

Hasta le dije que se fuera a Suiza ya y se acabó la tontería. Así ella estaría tranquila, no estarían peleados y listo.

—No, no me iré y me perderé mi tiempo contigo. Además, no sé por qué le importa, ella no está allí. Que no, que me quedo a tu lado.

—Pero…

—No me iré. Si a ella le ha sentado mal, que beba un vasito de agua, yo no puedo hacer nada, ya se le pasará. Ahora no puede venir a decirme que cambie todos mis planes porque se le antoje cuando quedamos en que haríamos las cosas así.

—Debería de entenderlo. Allí estás solo, lo más normal es que apoye el que estés aquí, con tu familia. Dices que lo hizo, es raro que ahora haya cambiado de idea.

—Lo entendía, pero ahora no lo entiende, qué sé yo. Pero que no me voy a mover de aquí, no me iré aún de tu lado.

Me gustó oír eso, le di un beso que se convirtió, como siempre, en mucho más.

Desde ese día, seguíamos con la rutina de que me acompañara al trabajo por la mañana, me recogiera al salir. Comíamos juntos, dormíamos juntos…

En realidad, estábamos viviendo juntos.

El jueves, a la salida, cuando lo vi me dijo que tenía que irse al día siguiente a Ginebra para firmar unos papeles por algo de trabajo que no entendí muy bien. Un tema de una vacante que él había solicitado y que no le habían dado muchas horas de margen, así que volaría el viernes por la tarde, firmaría lo que fuera y volvería el domingo.

No me hacía mucha gracia separarme de él, pero antes o después ocurriría. Intenté que no notara la tristeza que me invadió, pero al parecer la notó porque acarició mi cara y me hizo mirarlo a los ojos.

—Vente conmigo —me dijo.

No me podía creer que me estuviera pidiendo que lo acompañase allí, a la ciudad donde vivía con su mujer.

Y, por supuesto, no iba a negarme. Así que compramos los billetes, él aún no lo había cogido esperando a saber si íbamos o no juntos, lo que me alegró porque significaba que había pensado desde el primer momento en ello y preparamos las maletas para marcharnos al día siguiente, cuando yo saliera del trabajo.

El viaje fue rápido, entre el avión y el tiempo de espera en los aeropuertos, teníamos poco tiempo para disfrutar de la ciudad Suiza. Además, Javier tenía un par de compromisos y citas para terminar lo de los papeles, así que me pasé el sábado sola por la ciudad, haciendo turismo conmigo misma como compañía. Pero lo disfruté al máximo. Y por la noche, ya con Javier conmigo en la cama del hotel, todo era más que perfecto.

Me hubiera gustado poder disfrutar de esa ciudad con él, pero no podía quejarme. Demasiado que me había pedido que lo acompañara cuando él solo tenía que ir por un tema laboral.

Y ya nos tocaba volver a España. Volver a casa.

Enero se terminaba. Llegaba Febrero y con el primer mes del año también se acababan los días que teníamos juntos, cada vez nos quedaban menos.

Pero seguimos igual, disfrutando de cada instante, queriendo vivir todo al máximo. Siendo solos él y yo.

Era viernes y queríamos pasar ese fin de semana en casa, de relax, solo los dos juntos.

Nos hartamos de comprar chocolates y todo tipo de chucherías y comida basura para no mover el culo del sofá.

Y eso es lo que estábamos haciendo la tarde del viernes cuando el móvil de Javier sonó. Me señaló que era ella y se fue a la cocina para poder hablar. Yo me quedé allí sentada, esperando e intentando no pensar en que estaba hablando con su esposa.

Por el tono de su voz, pude ver que ya no estaban enfadados y eso me dolía aún más. Por más que hubiera aceptado ser la otra y solo durante un tiempo corto, tenía sentimientos y lo amaba. Me dolía el alma, sentía como si me arrancasen un pedazo, a dolor.

Escuché cómo él le dijo que la echa de menos y las lágrimas estuvieron a punto de salir de mis ojos. Cómo dolía, dios mío…

No podía entender cómo se sentía él, debía de sentirse desleal con las dos, queriendo a dos mujeres, debía de sentirse como en una encrucijada.

Aunque eso de querer a las dos…

No sabía cómo alguien podía amar a más de una persona, no en el sentido romántico. Yo sabía mi forma de sentir y si amaba a alguien, no podía compartirlo. Pero al parecer, él sí podía amarnos a las dos.

Llegó al salón, estaba contento y yo intenté que no notara nada, intenté que volviera todo a la normalidad entre nosotros.

Pusimos el horno y preparamos unas pizzas, nos hartamos de chocolate mientras veíamos una peli…

Y casi lo mato.

No lo hice porque seguramente había un ser divino que evitó que eso ocurriera, pero no por falta de ganas por mi parte.

Estábamos viendo una película y el muy idiota ¡no dejaba de hacerme spoiler! Al final, enfadada, me levanté del sofá y me fui a la cama. Necesitaba espacio. O eso o, en vez de la cama, iba a ir a la cocina, iba a coger el cuchillo jamonero e iba a preparar la próxima comida con sus órganos, intestinos en salsa o corazón en tomate o algo así…

Es que me tenía más que harta.

—Venga, mi amor, no te enfades conmigo —rio, sentándose en la cama, a mi lado, yo tumbada en ella.

—¿Tienes que estar contando todo? Así no se puede ver nada, joder —me quejé por enésima vez.

—Estaba de broma.

—¿De broma?

—Sabes que sí, lo siento.

—Te has pasado.

—Sí, lo siento. No volveré a hacerlo, estaré toda la peli callado, no me oirás ni respirar.

—Que me dejes.

—Venga…

Ni venga ni nada, esa vez no iba a reírle la gracia por muy bromista que fuera para él el tema, me había jodido mi momento película.

Me tumbé en la cama y le di la espalda. Se puso a hacerme cosquillas y casi me da algo, era algo que no soportaba, reía y lloraba a la vez.

No me lo pensé y le di con la almohada, haciéndonos reír a los dos. Me iba a dar algo de la risa.

Acabamos agotados en la cama, tumbados e intentando respirar con normalidad, aún riéndonos.

Divertida, me moví y me senté sobre sus caderas.

—No te pongas así o vamos a acabar mal —dijo en tono de advertencia.

Me daba igual y me encogí de hombros para que lo entendiera. Por mí podíamos acabar todo lo mal que él quisiera, era lo que yo quería, además y él lo sabía bien. Por eso esta encima de su cuerpo.

Moví un poco mis caderas y sin decirle nada, me quité la camisa, dejando al descubierto mis pechos. Los miró unos segundos antes de cogerlos con sus manos.

Seguí moviéndome, provocando aún más a su erección. Vi la mirada de deseo en sus ojos. Bajé un poco mi cuerpo y dejé que mis pechos cayeran sobre su boca, los lamió y mordió mis pezones, haciéndome gemir.

—¿Vamos a acabar mal? —pregunté con picardía.

—Muy mal… —dijo con voz ronca.

Jugó un poco más con mis pechos y cambió a posición, invirtiéndola con la mía. Desde ese momento ya no pude hacer nada más. Mi cuerpo estaba a su disposición, mi cuerpo era para él.

—No me cansaría nunca de esto —gimió, mordiendo mi cuello—. No me cansaría de ti.

Sabía que eso no era solo una frase dicha por la excitación, que era eso lo que sentía, porque a mí me pasaba igual que a él.

Terminamos agotados después de hacer el amor, saciados y cerré

mis ojos estando abrazada a él, sobre su pecho, como me gustaba estar.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, pero me levanté rápidamente, tuve que ir corriendo al baño, tenía que echarlo todo.

Vomité, me sentía muy mal. Noté cómo Javier llegaba a mi lado y recogía mi pelo mientras de mi estómago salía todo lo que tenía dentro. En ese momento no había vergüenza, yo solo quería sentirme mejor.

Me senté en el suelo cuando acabé, acepté su ayuda para levantarme y me senté en el váter. Él no tardó en traer una toalla mojada en agua fría, la cual me puso sobre la frente, después en el cuello… Aliviaba mucho la sensación, la verdad es que me sentía horrible.

Pero un par de minutos después, mi cuerpo comenzó a temblar, tenía como espasmos.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Tengo mucho frío —estaba tiritando casi.

Puso las manos por varias zonas de mi cuerpo.

—Tienes fiebre —sonaba preocupado.

Yo no sabía si era fiebre o qué, solo que quería que se me pasara todas las malas sensaciones rápido.

Me llevó a la cama, me tumbé en ella y me abrigó todo lo que pudo. Un poco exagerado, además, pero por más mantas que me echara encima, yo no dejaba de tiritar, a mí el frío no se me iba del cuerpo.

Me quedé ahí, con él a mi lado, poniéndome paños de agua para que la fiebre bajara, pero apenas podía entender las cosas que me decía, estaba como en el limbo. Me sentía mal.

No sé cuándo me dormí, pero desperté y vi la luz de la habitación encendida, intenté moverme pero no podía con el dolor, mi cuerpo estaba como si le hubieran dado una paliza. Gemí por el dolor.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

Enfoqué la imagen de Javier y respondí.

—Me duele todo, no sé qué me pasa.

—Estabas ardiendo, has tenido mucha fiebre, es normal que te sientas así.

Los recuerdos de la noche anterior venían a mí, pero como lejanos, como si no hubiera estado consciente al cien por cien.

—¿Es temprano? —estaba desorientada.

—Bueno, depende de cómo se mire. Son las diez de la noche, has estado todo el día durmiendo.

—No puede ser —intenté levantarme, pero no me dejó.

—De aquí no te mueves, estás enferma.

—Odio estar enferma.

—Ya, como todos —rio—. Te quedas quieta.

—Es que me quiero levantar.

—No…

—Tengo que ir al baño —resoplé, o se lo decía claro o no me dejaba moverme.

Me ayudó a levantarme y me acompañó, después de nuevo me hizo acostarme. Me negué a dormir más y me quedé metida debajo de las mantas, pero no tumbada del todo.

—¿Te apetece algo calentito? —me preguntó.

—Sí, gracias… —me sentaría bien.

Se acercó a mí, me dio un beso en la frente y fue a prepararlo. No tardó mucho en venir con una taza de té que me tomé casi de un sorbo, me cayó muy bien en el estómago.

—Ya te vio el médico esta mañana —dijo.

Lo miré sin entender.

—¿El médico?

—Sí, ya sabes, esos que intentan curar a las personas —bromeó.

—No recuerdo nada.

—Es que no estabas consciente, solo delirabas por la fiebre. Te hizo un buen reconocimiento.

—Oh… ¿Y qué diagnosticó? ¿Qué tengo?

—Un virus, lo que viene siendo una gastroenteritis. Tienes que estar a dieta blanda y bebidas con sales, ya sabes.

Resoplé y mi cara demostraba el asco que sentía. Yo no era capaz de beberme una bebida de esas en la vida.

—Me asustaste —dijo como riñéndome.

—Lo siento, no quise…

—Lo sé, mi amor, pero casi me muero del susto —me abrazó y me dio un beso en la frente.

—¿He sido muy mala paciente?

—No, eso no, pero verte ahí, enferma, sin poder hacer nada… No es plato de buen gusto.

—No es nada grave —intenté sonreír.

—Gracias a Dios… ¿Te preparo un baño? ¿Te apetece?

La verdad es que sí, me sentía sucia y un baño caliente, con mis sales relajantes me vendría muy bien.

Javier lo preparó todo y yo entré en la bañera, él se quedó en todo momento a mi lado, no quería dejarme sola.

Me ayudó a secarme, a vestirme, incluso cogió el secador para secar mi pelo. Me hizo mucha gracia.

—Tienes que comer algo.

—No quiero —dije rápidamente.

—No te pregunté si quieres, te dije que tienes. Es diferente. Y vas a comer.

—Eres un mandón —resoplé.

—Un poco sí —me guiñó un ojo y me hizo sentarme en el sofá del salón, poco después me trazo un poco de sopa caliente y aunque no quería, me la comí. La verdad es que me sentó más que bien, pero no iba a decírselo.

Me dolía aún mucho todo, quería dormir. me sentía muy cansada. Me lo notó en la cara y me llevó a la cama, se acostó a mi lado, me puse sobre su pecho y cerré los ojos, esperando descansar.

Al día siguiente ya me desperté mejor. Javier seguía obligándome a comer cosas blandas y yo preferí no llevarle la contraria, aunque en un principio no me apeteciera. Sabía que me iba a venir bien, mi estómago tenía que asentarse.

Estaba un poco harta por no poder moverme, la verdad, pero agradecí cómo me cuidaba, al menos me dejaba ir al sofá. Y del sofá a la cama, visita al baño y poco más. Estaba muy protector conmigo.

Por la tarde ya me encontré mucho mejor, mi cuerpo no dolía y me sentía hasta más animada. Me alivió eso, al día siguiente tenía que trabajar y necesitaba fuerzas. Y ya parecía estar recobrándolas.

Seguro que una noche más de descanso y me despertaría al día siguiente como nueva.

Capítulo 12

Febrero fue un buen mes, un mes lleno de detalles. Mi chico, mientras pudiera llamarlo así, estaba siempre pendiente a mí y seguía tan detallista como siempre. Todos los días me dejaba algo por la casa con notas como “Siempre te amaré”, frases que me hacían llorar y que guardaba en lo más profundo de mi alma.

Recuerdo el día en que entré en mi casa y vi post—it por todos lados. “Te amo”, decía uno. “Recuérdame siempre”, decía otro.

Cómo no iba a hacerlo, era el amor de mi vida, nunca podría olvidarlo.

Tenía, incluso, una foto de los dos enmarcada. Pero nada superaría a los recuerdos que se quedarían grabados en mi mente hasta el día de mi muerte.

Vivíamos como si fuéramos una pareja, entre nosotros todo era perfecto, o casi perfecto. Había mucho amor, que era lo más importante. Tenía conmigo al hombre que más feliz me hacía. Pero solo era temporal, ambos lo sabíamos.

Pero los días pasaban muy deprisa y me daba miedo lo cerca que estaba el final de todo.

A Javier también se le notaba, cuanto más se acercaba el momento de separarnos, más triste y cabizbajo se sentía.

—Javier… —estábamos un día comiendo en casa y su tristeza era algo insoportable ya— Habla conmigo, sé que estás mal, yo también, pero no me cuentas las cosas. Por favor, tienes que soltarlo.

Cuando me miró a los ojos, se me encogió el corazón al ver tanto dolor en los suyos.

—Se está acabando —dijo, destrozado.

—Lo sé —estuve a punto de ponerme a llorar.

—¿Cómo vivo ahora sin ti? No voy a poder hacerlo, Sonia. No voy a ser capaz de vivir con este dolor que tengo aquí —señaló su corazón—. Me duele mucho, me oprime, siento que me asfixio. Y no puedo hacer nada, me iré muy pronto —iba a llorar y yo también.

—¿Crees que a mí no me duele? Me duele y mucho y me va a doler cuando te marches porque contigo se me va parte de la vida, parte de mí. Solo intento vivir lo que nos queda juntos, grabar cada momento, como me pediste, haz lo mismo, por favor. No puedo verte así porque entonces no seré yo capaz de seguir adelante.

—Soy un imbécil, eso es lo que pasa. Siento miedo, no quiero irme.

—¿Miedo?

—Sí, porque te voy a perder y no quiero. Es como si se me fuera la vida de las manos, como si estuviera atrapado entre dos paredes, no sé explicarlo.

—Te entiendo, créeme que lo hago. ¿Crees que para mí va a ser fácil?

—No, no lo creo. Y eso hace que me duela mucho más. Porque estarás sola. No estaré aquí, no podré menguar tu pena. Seré el culpable de tu tristeza. Te juro que me estoy volviendo loco por no poder consolarte, por no poder evitar por lo que vas a pasar.

—No puedo verte así, quédate conmigo y seamos felices el tiempo que nos queda juntos, por favor —rompí a llorar, desconsolada.

Javier se levantó rápidamente y me abrazó. Los dos estuvimos llorando porque sabíamos que el tiempo que nos quedaba juntos era poco y que todo se acabaría para siempre. Desapareceríamos de la vida del otro y no era justo.

Pero teníamos que ser fuerte y vivir esos últimos días como los últimos de nuestras vidas, atesorar cada momento, crear toda clase de recuerdos.

Desde esa conversación, ya parecía estar mejor. O al menos era lo que me demostraba a mí, aunque ninguno estaba del todo bien.

Cada día que pasaba, el tiempo se nos echaba encima. Pero delante del otro, no hablábamos de eso, solo nos dedicábamos a hacernos felices.

Yo sentía, como le dije, que la vida se me iba y no podía evitarlo.

El final estaba cerca. Muy cerca.

Capítulo 13

Llegó el mes maldito, ese que nos separaría para siempre, aún quedaban días para que llegara el momento, pero ambos sabíamos que eso llegaría pronto.

Pronto todo se terminaría.

Pronto desapareceríamos de la vida del otro.

Sabía que seguía afectado, aunque intentara disimular, pero lo conocía bien. Verlo a él triste me hacía estarlo a mí. Él lo sabía y por eso también se guardaba las cosas, algo que en realidad agradecía, porque no podía verlo mal, me mataba hacerlo.

Yo no podía dejar de pensar tampoco en eso, en cómo iba a cambiar mi vida cuando él ya no estuviera cerca de mí. Me causaba dolor, es como si no lo pudiera soportar, a veces pensaba que nunca sería capaz de superarlo porque joder, era el amor de mi vida quien se marchaba.

Ese día, cunado llegué a casa después del trabajo, me encontré corazones rojos pegados por todos lados, tenían mensajes de amor escritos y comencé a llorar, como me pasaba siempre con esos detalles tan propios de él. La mesa estaba decorada románticamente, el salón lleno de velas, la chimenea encendida.

Era todo un sueño cómo había decorado todo.

Leí la nota que había encima de mi plato y comencé a llorar aún más.

“Nunca le perdonaré a la visa que me mostrara el verdadero amor cuando ya era un imposible.

Quiero verte feliz, es lo único que deseo en el mundo. Pero, por favor, nunca me olvides, nunca te olvides de nosotros.

Pensaré cada día de mi vida en ti, te juro que no podría olvidarte, ¿cómo se olvida a quien es el amor de mi vida?

Siempre estaré contigo, como tú conmigo, en mi corazón.

Te amo, Sonia, como no puedes ni imaginarte.

Y te amaré por siempre.”

Dios mío…

Me dolía el pecho, no podía respirar, las lágrimas y los sentimientos me estaban ahogando.

Y aún no nos habíamos separado, no sabía, entonces, si podría sobrevivir a ese día, porque el dolor que estaba experimentando en ese momento era demasiado intenso.

Entró en el salón y me abracé a él, los dos, de nuevo, como dos almas en pena.

Como él me dijo, tenía ganas de ver a su mujer, pero sentía como si todo fuera algo desconocido, como si aquel ya no fuera su lugar. El dolor que él sentía también era insoportable.

—Moriré, Sonia. Una parte importante de mí morirá cuando se separe de ti. No quiero separarme de ti —decía una noche, abrazándome en la cama.

—Tienes que ser feliz y no podrás hacerlo mientras no te olvides de lo nuestro, Javier.

—¿Que olvide lo nuestro? Como si eso fuera posible. Incluso pudiendo, no querría hacerlo, ¿entiendes? Jamás olvidaré nuestra historia, jamás te olvidaré a ti porque sería como olvidarme a mí mismo.

—Sé que no me vas a olvidar, Javier. Me refiero a que te olvides de nosotros en el sentido de que te centres en quien te espera allí, así te será más fácil. Porque yo no quiero verte sufrir.

—Y yo no quiero verte sufrir a ti, mi amor. Y joder, seré el culpable de que eso ocurra, seré quien se vaya y te deje sola. No sabes cómo me duele eso.

—No pienses en eso, sobreviviré —intenté sonreír entre las lágrimas—. De verdad, podré, no te preocupes por mí, tienes que seguir.

—Nunca pensé decir esto, pero ojalá aparezca alguien en tu vida que te adore tanto como yo. Eso es fácil, cualquiera se enamoraría de ti. Espero que llegue esa persona y que pueda hacerte feliz, como yo no pude. No quiero imaginarte con otro hombre, pero… Tengo que verte feliz, la vida me tiene que dar eso.

—¿Otro hombre? Yo no quiero a nadie. No quiero ni intentarlo. Cuando se ama de verdad y con el corazón, no es fácil que otro ocupe ese lugar. Ya nadie te da lo que quieres o necesitas. Ya nada es fácil. Incluso si alguien llegara, no me llenaría ni una cuarta parte. Porque

ya he conocido lo que es el amor de verdad contigo, ya nada podrá ser así nunca más. Nadie más.

—Yo lo era con mi esposa, era feliz. Nunca necesité más. Siempre sentí que me daba todo, que con ella no me hacía falta nada más, ¿quién iba a darme más si lo tenía todo? ¿Si sentía todo? Era ella la única mujer que existía para mí. Y de repente estás tú, sacando de mí unos sentimientos que ni conocía, logrando una intensidad que pensé que no existía. No sé explicarme. Pero me di cuenta de que todo lo que había sentido con ella, no era nada en comparación de lo que me hacías sentir tú y de lo que yo era capaz de sentir por alguien, igual que lo que recibo de ti es más de lo que pensé nunca que sería posible que alguien me diera. A mí o a cualquiera. Eres especial y por eso me siento roto pensando en que nos separaremos y que voy a perder al verdadero amor.

Si era así como él decía, ¿por qué entonces no se quedaba conmigo y me daba la oportunidad? Esa era la pregunta que me rondaba desde que me dijo lo que sentía por mí y no lograba entenderlo.

En fin…

Nos amamos cada día, pensando en lo poco que nos quedaba, haciendo el amor como nunca. Sin poder dejar de estar tocándonos, besándonos.

A veces tenía ganas de hacerle esa pregunta a él. Quería decirle que se quedara conmigo, que no volviera con ella, que ya veríamos cómo lo hacíamos. Pero no lo haría, no podía pedirle algo así. Él siempre había sido sincero en eso, se iría, seguiría con su vida. Yo acepté y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

No podría nunca pedirle que dejara todo por mí.

Los últimos días juntos los dos lloramos demasiado, la pena y la tristeza nos consumía. Parecíamos zombis, sin color, apenas sin comer, con ojeras por no descansar.

Estábamos como muertos en vida.

Estábamos muertos por el dolor de la separación.

Se acercaba el momento.

Y cuando menos lo esperábamos, ya era el último fin de semana que pasaríamos juntos, el siguiente domingo cogería el avión que lo llevaría de vuelta a su vida y lo sacaría, para siempre, de la mía.

Estábamos en la cama, intenté tener una noche especial, así que

me puse un camisón que me había comprado para sorprenderlo un poco. Decoré la habitación con velas mientras él recogía la cocina y cuando entró en el dormitorio, se quedó alucinado.

—Joder… —me miró de arriba abajo varias veces, un poco más y le llega la mandíbula al suelo.

—Quería sorprenderte un poco…

—Lo conseguiste. Madre mía… —no dejaba de mirarme el cuerpo.

—Queda muy poco para que te vayas, quiero que nuestras últimas noches sean especiales. No quiero olvidarlas nunca —dije con pena.

—Contigo siempre ha sido especial, mi amor.

Sí, como con él, yo también lo sentía así.

Entró en el dormitorio y se acercó a mí, pegado, pero sin que nuestros cuerpos se tocaran. Negué con la cabeza, puse la mano en su pecho y lo hice retroceder hasta que se sentó en la cama.

Me arrodillé en el suelo y me puse entre sus piernas abiertas.

Con sus manos en las mías, lo miré a los ojos y abrí mi corazón. Temblaba, se me notaba en la voz, eso no podía controlarlo.

—Hace un tiempo, fui a desayunar a la cafetería de siempre, como si fuera un día más. Y ese día mi vida cambió —cogí aire—. Allí estaba alguien a quien hacía mucho tiempo que no veía, allí estaba quien se convirtió en el amor de mi vida. No pude imaginar algo así cuando acepté su invitación y me senté con él. Pero en eso se convirtió. Me encontré con el hombre del que me enamoré.

—Sonia… No hagas esto —intentó pararme, pero yo no iba a callarme en ese momento, tenía que soltarlo todo.

Lo mandé a callar y seguí expresando todo lo que quería.

—Quiero hacerlo. Necesito hacerlo. Desde ese día noté que algo había ocurrido en mí, creía que era un flechazo, o tal vez me estaba quedando loca. Estuve ahí, cuestionándome las cosas pero la realidad estaba clara. Me enamoré de ese hombre, se convirtió, sin que me diera cuenta, en la persona más importante de mi vida.

Viví con él cosas increíbles, incluso sabiendo que todo era pasajero. Cuando él se marchó… —cogí aire de nuevo tras limpiarme las lágrimas— Cuando te marchaste, sentí que no sería capaz de seguir adelante, que la vida para mí ya no tenía sentido, estaba muy dolida, herida… Por eso me costó darte una oportunidad. Pero tenía que hacerlo, porque lo que sentía por ti era más fuerte que mi orgullo o mi

ego. No podía perder la oportunidad de tener el mejor invierno de mi vida junto al hombre que amo más que a mí misma.

Yo sabía que todo era pasajero, que todo se iba a acabar, nunca me engañaste en eso. Ya no seré la misma, esto me ha cambiado. Pasará lo que tenga que pasar, pero quiero que sepas que nunca podré amar a nadie más como te amo a ti. Tu ligar en mi corazón no podrá reemplazarlo otro, será tuyo para siempre —vi cómo lloraba y seguí —. Para mí, solo serás tú, siempre tú. Necesitaba decirte eso. Por favor, no te sientas culpable nunca, no me olvides, pero vive y sigue adelante.

En ese momento no podía más, tenía que parar y llorar.

—No puedo verte llorar —dijo con las voz estrangulada por las lágrimas.

—Es que siento que nada de lo que te diga te hará entender lo que tú significas para mí, Javier…

—Lo entiendo porque yo siento lo mismo.

—Quizás… Pero hay tanto que me he guardado para no hacerte daño…

—¿A qué te refieres?

—A lo que siento, al dolor por separarnos… De todas formas, eso no importa, lo pasaremos. Pero necesito hacerte entender de alguna manera que eres el hombre de mi vida, que ese lugar siempre será tuyo, que nadie más podrá tenerlo. Porque cuando se ama de verdad, eso es lo que ocurre.

—Ven aquí —me dio la mano y ayudó a que me levantara.

Sentada a su lado, nos abrazamos mientras lloramos sin consuelo. No podía con ese dolor, era insoportable.

Nos miramos a los ojos con todo el amor del mundo.

—Todo eso que sientes, lo siento yo por ti, Sonia. Cada sentimiento bueno, cada herida por el dolor. Para mí no será fácil y como ya te dije, lo que peor llevo es que no pueda estar aquí, que te quedes sola… A veces me culpo, tenía que haberme alejado de ti y no te estaría viendo sufrir por esto. Pero otras veces soy más egoísta y pienso que no, que lo hice bien porque tú y yo merecíamos conocer al verdadero amor. Aunque tenga un final.

—Yo a veces he tenido ganas de decirte que te quedes.

—Sonia…

—Sé que no es justo, pero la rabia… Tengo rabia porque no es

justo que nos tengamos que separar. Lo siento…

—No me pidas perdón, yo me siento igual, soy yo el culpable de todo.

—No, no —negué rápidamente—. Te pedí que no te sintieras culpable por nada. Las cosas son como son, no vamos a buscar respuestas ni nada que echarnos en cara. Tenemos que vivir las pocas horas que nos quedan juntos, Javier. Yo no quiero perder ese poco tiempo que me queda contigo. Quiero vivirlo al máximo, quiero grabarlos a fuego en mi corazón. Grabado como lo estás tú para siempre, porque eres una parte de él.

—No sabes lo importante que eres para mí, mi amor, no te haces una idea.

—Sí… Lo sé, porque tú eres lo mismo para mí.

—Te amo, Sonia.

—Yo también te amo —lloré.

Me besó. Con mi cara entre sus manos, sus labios se unieron a los míos mientras temblábamos por las emociones del momento. El beso me dolía, era amor y a la vez dolor por la despedida que llegaría pronto. Empezó de forma dulce, lo fuimos profundizando hasta que la pasión se apoderó de nosotros.

Caímos en la cama, él encima de mi cuerpo y nuestras bocas aún unidas. Poco a poco, le quitamos la ropa al otro, dejándolo desnudo. Nuestros cuerpos unidos, piel con piel, temblando más aún por la sensación de sentir al otro.

No era la primera vez que nos acostábamos, pero, sin duda, esta era especial.

Acaricié su cuerpo y él hizo lo mismo con le mío. Nos besamos cada rincón. Era una manera de mantener en la memoria el recuerdo del cuerpo del ser amado, al menos yo lo sentía así.

Entró en mí y me hizo el amor con ternura, dolía, pero no el cuerpo, el alma, parecía una despedida en toda regla. Lo hicimos mirándonos a los ojos, las lágrimas aún saliendo de ellos y sin poder pronunciar palabra alguna. Terminamos a la vez en un orgasmo especial, diferente a todos los anteriores. Nuestros cuerpos aún temblando, nuestras respiraciones queriendo estabilizarse. Nos abrazamos y lloré, lloré por lo injusto que era todo.

Lloré y maldije a la vida por permitir que se separara de mí.

—Sonia… Te amo —dijo emocionado.

Y yo, pensé, pero no pude ni decirlo, no podía decir nada en ese momento. Necesitaba dejar de llorar, pero sentía que moría. En unas horas lo perdería y eso me mataría, por mucho que siguiera con vida.

No pude dormir mucho, él tampoco, hicimos de nuevo el amor, sin palabras. Solo con nuestros ojos diciéndose todo.

Al día siguiente, cuando desperté, estaba abrazada a él, con mi cabeza en su pecho, como siempre. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Sonrió cuando nuestras miradas se encontraron.

—Buenos días, mi amor —dijo con esa voz ronca por el sueño.

—Hola, cariño —intenté sonreír, pero no era fácil.

—No estés triste, no soporto verte así, me parte el corazón.

—Lo siento… Pero en nada te irás, no puedo evitarlo. Te irás de mi vida, ya no serás parte de ella, ¿cómo puedo ocultar lo que me duele eso?

—Si pudiera congelar el tiempo, no me movería de aquí. Te voy a echar de menos a cada instante, Sonia.

—Y yo a ti. Sé que todo entre nosotros se termina, para siempre, pero necesito que me prometas algo.

—¿Qué?

—Si alguna vez sientes… Te sientes mal o me echas de menos, no sé… Dame un like en Facebook, así, al menos, sabré que sigues acordándote de mí, que no me olvidaste.

—Tiene que pasar tiempo para eso, mi amor. O no lo superaremos nunca, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí… Ojalá esto nunca se acabase, daría mi vida por eso.

—Yo pediría, si se pudiera, que esto nos hubiera ocurrido hace años, cuando salíamos en pandilla. Podíamos haber estado juntos desde entonces.

Sí, pero las cosas no habían sucedido entonces, eran cuando eran. Nos quedamos un rato en la cama, en silencio. Un poco más tarde fuimos a desayunar y pasamos el último día que nos quedaba juntos.

A ambos nos embargaba la tristeza y no podíamos dejar de decirnos cuánto nos queríamos.

Esa noche, ya juntos de nuevo en la cama, después de volver a hacer el amor, no podía dormir. me sentía nerviosa, estaba que me iba a subir por las paredes.

Controlaba el impulso de pedirle que se quedara conmigo, sabiendo que no era justo que lo hiciera, pero tampoco era justo que

se fuera y me dejara a mí, ¿no?

Por la mañana temprano salimos para el aeropuerto. Fuimos todo el camino en silencio, muertos de la pena y del dolor. Él ya se había despedido el día anterior de su familia y ahora llegaba el momento más duro, que nos despidiéramos los dos.

Era el momento de terminar con todo.

Antes de que pasara el control de seguridad, nos miramos, las lágrimas ya asomando de los ojos de ambos.

—Yo ese día que me reencontré, tampoco pude imaginar lo que la vida me tenía preparado.

—Javier…

—Quiero que me prometas que no estarás triste, al menos que lo intentarás. No quiero que sufras, no quiero que te duele, no quiero…

—No sigas —le rogué.

—Quiero que veas esto como el mejor invierno de tu vida, espero que haya sido así. Para mí lo es.

—Claro que lo es.

—Nunca te olvides de mí, recuérdame como algo bonito. Recuérdame con amor.

—Siempre… —dije llorando, llorando estaba él también.

—Y nunca olvides que te amo de verdad, te amo con todo mi corazón y con toda mi alma, Sonia.

—Yo a ti también.

—Sé feliz, por favor y cuando elijas al hombre con quien compartir tu vida, que sea alguien que te ame como a nadie, que te ame más que a él mismo.

—Por favor, calla…

—Déjame terminar —me rogó, cogió mis manos y siguió mirándome a los ojos.

—Javier, me duele.

—A mí también, pero necesito que me prometas que podrás con esto, que pronto terminará este dolor para ti, tienes que hacerlo y vivir, Sonia.

—Calla… No hables más de eso.

—Necesito hacerlo. Me voy y separarme de ti es matar una parte de mí. Necesito saber que podrás, que serás feliz. Tienes que prometérmelo.

No podía prometerle eso, es que no sabía cómo iba a ser capaz de

seguir viviendo sin él.

—Déjalo ya, por favor… —volví a rogar.

—Me tengo que ir, mi amor. Pero antes mi promesa, prométeme que serás feliz.

—Javier, que lo dejes, no digas nada más —me ahogaban las lágrimas.

—Mi amor —acarició mi cara con sus manos—. Tienes que saber que lo habría dejado todo por ti sin pensármelo, habría hecho todo por ti porque mereces eso y más. Pero no puedo hacerlo porque ella no se merece una traición así.

—Lo sé…

—Nunca seré tan feliz con ella como lo soy contigo, eso también tienes que saberlo. Tú eres el amor de mi vida y siempre lo serás. Hasta el día en que me muera.

—Dios mío… —iba a darme algo por esas palabras.

—Te amo más que a nada, Sonia. Y te amaré cada día de mi vida.

Nos abrazamos mientras dejábamos que las lágrimas salieran de nuestros ojos. Me besó una última vez y se fue, me dejó allí y se marchó y yo creía que iba a morir en ese momento.

Estuve mirando a la nada un buen rato sin poder dejar de llorar, ajena al mundo que me rodeaba. Me fui al coche y al sentarme en el asiento del conductor, lloré, grité y saqué toda la rabia que tenía dentro por lo injusta que era la vida.

Yo era el amor de su vida y él no estaba conmigo.

Dejé que la rabia y el dolor salieran a raudales y ya más tranquila, conduje hasta casa.

Me tumbé en la cama, en esa que habíamos compartido tantos días, abracé la almohada que aún olía a él y volví a llorar, rota por el dolor de su marcha.

La vida me había dado la oportunidad de conocer al amor verdadero y me lo había arrebatado también y yo sentía que me iba a morir de la pena.

No sabía cómo podría sobrellevar esa tristeza que me embargaba el alma, pero una cosa sí tenía segura.

Que ya nada volvería a ser lo mismo.

Mi vida, nunca, volvería a ser la misma.

Porque yo no era la misma.